



la leyenda de Josephine Escarten

frank caudett



FRANK CAUDET

LA LEYENDA DE JOSEPHINE ESCARTEN

Colección PUNTO ROJO n.º 374

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 22.111 - 1969

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: junio, 1969

© FRANK CAUDET - 1969
sobre la parte literaria

© LUIS ALMAZAN - 1969
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección PUNTO ROJO:

370. — El muerto la sabía larga.

En Colección SERVICIO SECRETO:

980. — Liquidando... que es gerundio.

En Colección CALIFORNIA:

611. — Sed.

En Colección KANSAS:

528. — «Colt».

En Colección BUFALO:

788. — «Impasible».

En Colección COLORADO:

566. — El *gun-man* que nunca mató.

En Colección BISONTE:

1.056. — Justicia en Monterrey.

En Colección BRAVO OESTE:

389. — Vamos..., ¡dispara! ¿Qué esperas?

En Colección SALVAJE TEXAS:

637. — Memorándum para un *sheriff*.

En Colección ENVIADO SECRETO:

77. — El arma máxima.

En Colección ASES DEL OESTE:

490. — Odio.

INTRODUCCIÓN

¿Eres tú, amigo lector, uno de esos que sienten miedo?

¿Sí...?

¿No...?

¿Has llegado a pensar alguna vez que te seguían con la decidida intención y firme propósito de matarte?

¿No has visto, de soslayo, como por casualidad, un rostro desconocido, destacando entre la multitud muy cerca de tu espalda?

¿Y que luego, ese rostro diabólico, infernal, parecía ir misteriosamente adonde tu ibas?

Es una desagradable experiencia... ¿verdad?

Porque supones, o suponías, que la muerte ronda, o rondaba, cerca de ti...

La muerte.

Uno de los Cuatro Jinetes...

De esos Cuatro Jinetes espectrales, nocturnos, ásperos, esqueléticos, que convierten a todo el mundo en un sendero de catástrofes. Pero la muerte es mucho más perseverante que sus tres fantasmales compañeros. Y ahora sus cascos baten más fuerte... los cascos del caballo sobre el que galopa un jinete llamado terror.

El terror que tú has sentido al pensar que *alguien* te seguía.

¿O vas a negar que has sentido un profundo terror hacia la muerte?

¿O es que también vas a negar que has montado a esta en su caballo dentro de tu propia imaginación y los has visto cabalgar tras de ti?

¿Vas a negar que has sentido un vivísimo terror?

Y... ¿no te has preguntado qué es, en realidad, el terror?

Lo sientes...

Lo sufres...

Lo padeces...

¡Te tortura...!

Pero... no puedes verlo ni tocarlo.

Solo... imaginarlo.

Imaginarlo... eso es lo peor.

El terror es un *algo* etéreo que no conoce país, bandera ni lugar de nacimiento. No discrimina entre los hombres a causa de su raza, color o religión.

El terror ha invadido todas las comarcas, todos los hogares, todas las profesiones... y posiblemente ahí radica lo más horrible del terror; y lo más bello y hermoso de él, porque está en todas partes y no está en ninguna... pero siempre anida en nuestra mente como una monstruosa ave de rapiña.

Podría contarte infinidad de historias de terror...

Podría contarte infinidad de leyendas fantasmagóricas, horrendas, que hacen rechinar los dientes y erizar los cabellos de la nuca como cerdas de un cepillo de dientes. Desde vampiros que sorben la sangre con feroz avidez, hasta narraciones espantosas, pasando, ¿cómo no? por resucitados cuyo esqueleto abandonó el lugar de su eterno reposo en busca de venganza...

Pero no...

No temas.

No te contaré infinidad de historias... no.

Solo una.

Una.

Vivirás... un solo terror.

Ven, amigo mío. Coge mi mano y camina conmigo en la oscuridad. Se está tan solitario ahora, hace tanto frío. Las calles están húmedas y antisociables. Quizá tú y yo podamos compartir juntos la oscura soledad de la noche. Y si eres propicio a escuchar... te contaré un extrañísimo relato, una historia de terror, sangre, muerte...; una historia que comenzó con una satánica leyenda, y que hoy, en nuestros días...

Sigue teniendo consecuencias de terror y muerte.

LA LEYENDA

I

La faz de una mujer puede ser a veces algo horrible, puede ser un verdadero engendro lleno de horror y de rictus mefistofélicos.

Puede ser algo fantasmal, horrisono.

Suele haber hermosura, belleza, atractivo y sensualidad en un rostro femenino. El amor y la pasión pueden brillar encendidamente en el fondo de unos ojos maravillosos de color azul, verde o ámbar. El deseo puede estar latente en la carnosidad frutal de unos labios rojos como la sangre, ansiosos de ofrecer el dulce sabor de su húmedo contacto.

Más el rostro de una mujer, que puede ser todo eso para volver locos a los hombres... puede ser también una reencarnación del diablo. Satán puede esconderse tras la sutil belleza y fragilidad de una bonita cara femenina.

Pero a veces, en lugar de esconderse, asoma, horrendo, espectral, a sus facciones.

Como sucedió hace casi un siglo, en el año 1898, en Dixon, pequeño pueblecito del estado de Illinois, no muy lejos de Chicago.

Josephine Escarten Castel-lo, no fue siempre una mujer hermosa y adorable, es más... en Dixon, durante los últimos cien años, no nació criatura tan horrenda y repugnante como aquella.

Su carita diminuta estaba retorcida, tenía unos ojos deformes, desproporcionados, llenos de un jugo rojizo como la sangre, cuya viscosidad enturbiaba las pupilas en lugar de nariz tenía dos agujeros, a modo de fosas nasales, que parecían hechos a base de horadar su arrugada piel con la punta de unas agudísimas tijeras; su boca tenía un rictus horrendo, semicurvo, con unos labios rehinchados de color violeta intenso.

Josephine Escarten Castel-lo, puede decirse que nació con el diablo, no oculto, sino espectralmente asomado a sus facciones. Su madre, una pobre mujer creyente y devota, que recientemente había enviudado, efectuaba cada día peregrinación a una ermita situada al otro lado de las montañas que rodeaban por completo el pueblecito, rogándole y suplicando a Dios con todo fervor, que se apiadase de la horrible fealdad de su hija... que se apiadase y le mudara algo el aspecto.

Pero sus plegarias no llegaron al cielo.

Y fue transcurriendo el tiempo.

Un día, cuando ya contaba veintiún años, Josephine Escarten huyó hacia las montañas y se instaló en un viejo caserón, enorme, deshabitado,

que se ubicaba frente a la colina donde erguía el cementerio.

Josephine paseaba por los bosques, y cuantas flores o hierbas rozaba con los dedos de sus manos se marchitaban y morían, y las setas, que por allí tanto abundaban, se tornaron venenosas.

Y así...

Hasta...

Hasta el día en que encontró al hombre silencioso de la capa negra, que le pidió que lo siguiera y la llevó a una cueva lóbrega y oscura, en donde le dio a beber unas pócimas e invocó a los espíritus del mal, los poderes de las tinieblas, y a «él», pidiéndoles que deshicieran la maldición y el hechizo que pesaba sobre el abominable rostro de Josephine Escarten.

La muchacha se quedó impresionada cuando el oscuro y misterioso personaje se volatilizó en el aire, se esfumó como el fuego fatuo, dejándola sola en aquella cueva de espesas tinieblas.

Tras conseguir escapar del interior, Josephine regresó a su casa.

Su madre, al verla, cayó de rodillas y se santiguó una docena de veces, al tiempo que prorrumpía en torpes y atropelladas oraciones.

Porque el rostro de Josephine estaba rodeado de un extraño y fosforescente esplendor, porque sus ojos ya no estaban ensangrentados ni sus labios retorcidos y morados...

¡Porque Josephine Escarten Castel-lo era ahora una bellísima muchacha!

II

Sí...

Josephine Escarten Castel-lo era ahora una bellísima muchacha de veintíun años, cuya hermosura, brillante, diáfana, cegadora, enloqueció a los hombres.

Y antes de que hubiera transcurrido un año de la incomprensible mutación, sin que se hubiera casado, Josephine Escarten tuvo un hijo.

Un niño.

¡Un hijo terrible, horroroso, hediondo... mil veces más espectral que fuera su madre al nacer!

Pareció volverse loca.

Sus gritos histéricos de madre angustiada y desesperada, casi hicieron reventar las paredes de la habitación hasta que, para tranquilizarla, alguien se llevó al monstruoso niño de la estancia.

Josephine cayó entonces en una pesadilla, en un sueño atormentado y tortuoso lleno de horribles visiones infernales.

Pero despertó de pronto, casi enseguida, al oír arrastrar una silla por la estancia.

Y en la silla, sentado, estaba...

El hombre oscuro y silencioso de la capa negra.

Josephine lo reconoció inmediatamente.

Y al preguntarle qué era lo que de ella quería, el desconocido, sonriendo espectralmente, le respondió:

—Invoqué a las fuerzas del mal y de las tinieblas para que te dieran la belleza. Una belleza inolvidable que no se marchitara jamás. Pero... al precio de traer al mundo un hijo de «él». Y tú... ¡ya no puedes romper el trato!

Tras estas palabras, el hombre de la capa se esfumó.

Y ella, Josephine, permaneció aterrorizada en la cama durante toda la noche, despierta, meditando y torturándose, luchando desesperadamente en busca de una solución.

Cuando las primeras luces rojizo grisáceas del alba penetraron por la ventana de su habitación, Josephine saltó de la cama como enloquecida...

¡Enloquecida de alegría porque ya sabía lo que hacer!

Se fue hacia el espejo colgado de una de las paredes y permaneció largo rato mirándose en él.

De súbito, precipitóse sobre un costurero cercano, cerró los ojos, atrapó unas tijeras y haciendo acopio de valor, llevó las agudas puntas hacia su rostro...

Clavándolas con saña una y otra vez, perforando aquella piel tersa y

fina, rasgándola, desgarrando la carne, produciéndose multitud de heridas y surcos.

Volvió frente al espejo.

Y...

¡Comprobó, horrorizada, llena de un pánico que la hacía zozobrar como la más frágil hoja de un árbol... que su rostro seguía siendo tan bello y hermoso como antes!

Se volvió completamente loca.

Y desapareció por segunda y definitiva vez, regresando al caserón viejo y deshabitado que se alzaba frente a la colina del cementerio.

III

Sí...

Desapareció por segunda y definitiva vez.

Algunos, los más atrevidos, se acercaron a la vetusta construcción para cerciorarse de si Josephine seguía viva o había muerto de hambre, puesto que no salía a por alimentos ni nadie se los llevaba.

Entonces la mujer, bella y hermosa, asomaba por una de las destartaladas ventanas, invitándoles a que entraran.

—Pasad, pasad... tengo poderes para leer vuestro futuro. Pasad... y yo os diré lo que os espera.

Delano Manning, individuo que siempre se había reído y mostrado escéptico con relación a leyendas e historias fantasmales, dijo en presencia de varios amigos que él entraría a que Josephine, la «bruja guapa», como le llamaban, le leyera el porvenir.

Y entró.

Una noche, Delano Manning, entró en el viejo caserón.

—¡Josephine! ¡Bruja! ¡He venido para que me leas el porvenir!

Entonces se percató de que en el centro de la estancia había una desvencijada mesa, y sobre ella, una bola de cristal.

También había dos sillas.

Una a cada lado de la mesa.

—Siéntate frente a la bola —le respondió una voz femenina desde la oscuridad.

Obedeció.

Segundos después vio acercarse a una figura envuelta en un manto negro, del cual, a la altura de la cabeza, surgían dos haces de luz, dos ojos rojos que reverberaban en el cristal de la bola.

—Esa luz roja que ves, no es más que la sangre que está goteando en tu conciencia, Delano Manning. Porque antes de cuarenta y ocho horas... ¡habrás matado a tu esposa!

—¡Ja, ja, ja...!

Manning soltó una serie interminable de risotadas y terminó abandonando el caserón, sin dejar un momento de dar estridencia sonora a su hilaridad.

No fue necesario que transcurrieran cuarenta y ocho horas...

No...

IV

No... no fue necesario.

Treinta y seis horas después de que le fuese aventurado el futuro, Delano Manning, que discutía con su mujer porque la comida estaba demasiado caliente, hizo ademán de tirarle el contenido del plato al rostro...

Y ella, al querer evitarte yéndose hacia atrás, trastabilló, y al caer, se dio contra el canto de una mesa... ¡desnucándose!

Quedando muerta en el acto.

Delano Manning recordó al instante lo que le había vaticinado la «bruja guapa».

Cogió un hacha de cortar troncos y se fue hacia el caserón.

Quienes presenciaron la escena desde los alrededores del bosque, juraron que le había descargado más de... muchísimos hachazos.

Juraron que Josephine Escarten Castel-lo, era la mitad de la uña de un dedo meñique.

Se ignora quién lo hizo, pero alguien se encargó de recoger los restos de la «bruja guapa» y darles sepultura en el cercano cementerio.

V

Muchos lo aseguraban.

Muchísimos.

Casi todo el pueblo.

A eso de las doce de la noche, Josephine Escarten Castel-lo, la «bruja guapa», salía de su tumba, entera, pese a la muerte tan horrenda que recibiera, y montada... en lugar de sobre una escoba, sobre un hacha descomunal.

Volaba...

Volaba hasta el caserón en donde recibiera tan atroz asesinato, esperando a alguien que quisiera oír su porvenir.

Una hora más tarde, Josephine, regresaba al interior de su tumba volando encima del hacha.

Sí...

Muchos aseguraban haberlo visto.

Era la leyenda.

Es la leyenda.

Fue...

Sí, fue la leyenda de un pueblecito llamado Dixon que, con los años, afortunadamente, se fue perdiendo hasta olvidarse por completo.

CAPÍTULO PRIMERO

Dixon, en el estado de Illinois, cerca de Chicago, había dejado de ser un pueblecito para ganarse, a pulso, el nombre, y categoría para sus habitantes, de ciudad.

Aproximadamente unas diecisiete mil almas hacían su vida en aquel lugar que, una década atrás, apenas si llegaba a contar las ocho mil.

Dixon tenía su industria.

Dos fábricas de manufacturados textiles, una de recambios y accesorios para automóviles, otras dos de cartonaje... etc., pero la más importante de todas, que se dedicaba a la construcción de juguetes electrónicos y servía ingentes cantidades de pedidos a un extremo y otro de la nación, era propiedad de Frankie Keller, descendiente de una familia de médicos y cirujanos, único miembro que había renunciado a la tradición familiar.

El *New Dixon Herald*, primer periódico con que había contado la ciudad cuando aún era pueblo, fundador por Roger Drake en el año 1865, habíase unido últimamente el *Dixon Sun*, fundador en 1966 por Hudson Wilkins.

También era muy importante en Dixon la clínica quirúrgica del doctor Keller, en donde se efectuaban verdaderos prodigios, casi milagros, en lo referente a la cirugía plástica y cosmética. El experto era David Keller —hermano mayor del propietario de la fábrica de juguetes electrónicos, Frankie Keller—, quien, a sus setenta y dos años, empuñaba el bisturí con igual ligereza y pulso firme que a los cuarenta.

La clínica había sido fundada por su padre, Robert H. Keller, al que se le había levantado un monumento en los jardines que rodeaban la construcción, como recuerdo perenne e imperecedero del que fuera, realmente, pionero de la cirugía plástica y cosmética en los Estados Unidos.

Lo que ahora podía llamarse centro urbano de la ciudad, estaba compuesto por edificios modernos que respondían a las lúteas exigentes de la arquitectónica más avanzada, por establecimientos de todas clases, comercios, bares, snacks, e incluso disponía la ciudad, para recreo de los económicamente poderosos, de dos cabarets que nada tenían que envidiar a cuantos pudieran encontrarse en Chicago, Nueva York o Baltimore.

Abarcando un área bastante extensa alrededor del dentro urbano, hasta casi rozar o subirse por las laderas de las montañas que rodeaban por completo a Dixon —la ciudad había nacido en la hondonada de una amplísima cordillera—, se encontraban las añejas construcciones de una sola planta o de planta y un piso, todas con su jardín más o menos grande, en donde moraban los que aún vivían de aquellas ocho mil almas con que

contaba Dixon una década atrás.

Y fue precisamente de una de aquellas edificaciones que se alzaban en la ladera de las montañas, de donde partió, inesperadamente, de súbito, la noticia que en pocos días puso a la ciudad de Dixon en verdadera ebullición.

Ralph Fletcher, viejo granjero de unos setenta y cinco años, que padecía de insomnio, solía salir a pasear cada noche por el jardincillo de su casa.

Y fue una de esas noches de insomnio cuando vio...

Un objeto rodeado de luminosidad que surgía de la colina donde se hallaba el cementerio... ¡y volaba por los aires hasta caer en tierra muy cerca del viejo y lóbrego caserón donde fuera brutalmente asesinada Josephine Escarten!

Pese a que el viejo granjero recordó de inmediato la leyenda de la «bruja guapa», que salía de su tumba montada en una enorme hacha y volaba hasta el caserón en espera de alguien a quién descifrar su porvenir, nada dijo de lo que había visto.

Aguardó a la noche siguiente para, caso de volver a contemplar aquel objeto volante, hacer un esfuerzo, el que le permitieran sus cansados ojos, para tratar de identificarlo.

Y en la noche siguiente, a las doce en punto, cuando la última campanada de la medianoche sonaba en el campanario de la cercana iglesia, Ralph Fletcher vio, perfectamente, como aquel objeto surgía del interior del mismo cementerio.

No le hizo falta esforzarse demasiado, ya que, aquella noche, la luminosidad que rodeaba al objeto era mucho más intensa.

Y pudo distinguir con toda nitidez... ¡la silueta de una mujer volando montada en un hacha gigantesca!

En la próxima noche, Ralph invitó a su jardín a varios de los viejos vecinos que, como él, vivían en casitas de la ladera de las montañas.

A la medianoche... ¡todos vieron a la «bruja guapa» que acudía desde su tumba al caserón, montada en un hacha, por si alguien quería que le dijera su porvenir!

La noticia corrió como un reguero de pólvora.

Y media ciudad estuvo asomada a ventanas y balcones para observar aquel hecho insólito que muchos tildaban de visión, de espejismo de la mente vieja y enfermiza de un pobre anciano.

¡Pero aquellos muchos, vieron surgir un objeto del cementerio y volar hasta el caserón!

¿Se... se trataba de la «bruja guapa»?

¿De... una resucitada?

CAPÍTULO II

Fue el *Dixon Sun*, por medio de su redactor jefe Burton Moran, quien se adelantó a la hora de lanzar una edición especial con el siguiente rótulo sensacionalista:

«HORROR Y PANICO EN LA CIUDAD.

»Un cadáver desmenuzado con un hacha hace más de treinta años, surge de su tumba cada día, a la medianoche, para volar hacia el sitio donde fue asesinado.

»Josephine Escarten Castel-lo, “la bruja guapa”, vuela sobre el arma monstruosa con la que se perpetró su muerte... ¿Muerte? ¡Horrendo crimen!»

Y debajo seguía una extensa glosa en la que se relataba con puntos y comas la escalofriante leyenda de Josephine Escarten Castel-lo, tal como Ralph Fletcher, el viejo granjero que diera la alarma, se la había explicado al redactor jefe del *Dixon Sun*.

Y les extrañó a todos los habitantes de Dixon, que el otro periódico, el más antiguo, no publicara una sola letra del terrible hecho que tenía sobrecogida de pánico a la ciudad entera.

* * *

Peter Luger tenía un carácter violento.
Irascible.

Por eso pegó un puñetazo encima de su mesa en la redacción del *New Dixon Herald*, exclamando:

—¡Es intolerable! ¡Absurdo! ¡Impropio de personas civilizadas!

—¿Por qué no te calmas, Peter? —interrogó, sonriente, la mujer que se hallaba de pie frente a él.

Aquella mujer era Sheila Drake.

La nieta del fundador del primer periódico de Dixon y en la actualidad la directora del mismo.

Sheila, como mujer, era sencillamente extraordinaria.

Preciosa.

Fenomenal.

Tenía los ojos tan verdes como las esmeraldas más hermosas y brillantes que pudiera poseer el más acaudalado sultán de Damasco; ojos de las mil y una noches.

Era un prodigio de belleza.

Su cabello era la misma noche, de tan negro, de tan azabache, y caía sobre sus hombros desde su cabecita como una cascada de misterio.

Sus labios rojo escarlata, rojo sangre, húmedos y carnosos, eran la más hermosa partitura del beso que jamás hubiese logrado garabatear sobre un pentágrama compositor alguno.

Su cuerpo, pura armonía, maravillosa escultura, simple delicia geométrica. Ondulante. Vibrátil. Con un busto firme y erguido, túrgido, que se encargaba de resaltar y modelar el *sweater* ceñido color gualda que, de una forma inverosímil, se estrechaba al máximo en torno a una cintura delicada, breve, de mimbre, a cuyos lados se iniciaba el contoneo sinfónico de unas caderas rotundas y redondeadas, que oscilaban al compás de unas piernas ágiles, bien formadas, de curva grácil que principiaba en el fino tobillo... tobillo que ahora quedaba oculto por las botas de ante marrón que le llegaban casi hasta la rodilla.

Conjuntando con el jersey amarillo y las botas, llevaba una falda plisada azul eléctrico, que se detenía con brevedad mostrando los inicios de unos muslos prietos y rosados.

Sheila, con desparpajo, sentóse de lado encima de la mesa de Peter Luger.

Estuvieron unos segundos en silencio, mirándose.

Y fue ella quien preguntó:

—¿Qué es intolerable, absurdo e impropio de personas civilizadas? ¿Un hecho que ha presenciado medio Dixon, incluidos tú y yo?

—¡Sheila, por Dios! —trató de contenerse él—. ¿No recuerdas lo que te dije hace dos días? Se trata de una escena de impresionismo destinada a aterrorizar a unas personas determinadas. Te dije también que la leyenda de Josephine Escarten Castel-lo tenía un poco de verdad y un mucho de fantasía. Pues bien, he efectuado algunas averiguaciones con respecto a ese poco de verdad, y ha surgido un hecho sorprendente que confirmaré esta noche. Si así es... mañana publicaremos a toda página un titular que, con solo leerlo, nos obligará a efectuar tres tiradas extraordinarias.

Ella, sonriendo pícaramente, inquirió:

—Y... ¿no puedes adelantarme nada?

—Nada, pequeña. Quiero que la directora de mi periódico sea la primera en asombrarse.

Así quedaron las cosas.

* * *

El titular que en caracteres de molde y en diagonal cruzando la primera plana de vértice a vértice, publicó a la mañana siguiente el *New Dixon Herald*, fue este:

«Peter Luger, redactor jefe de este periódico acudirá esta misma

noche al caserón donde fue asesinada con un hacha Josephine Escarten Castel-lo, aguardando a que un montón de despojos de cementerio predigan su futuro.

»Peter Luger acudirá para demostrar, por encima de todo, que vivimos en el siglo Veinte, época en que las leyendas y apariciones fantasmales han caído en desuso.

»¿Me pregunto si esa “bruja guapa” vendrá a leer mi porvenir o sentirá miedo de un ser humano...?

«Mañana por la mañana tendremos la incógnita despejada, desde luego.

»¡Ah... y alguien de Dixon en la cárcel!»

Y firmaba el propio Peter Luger.

CAPÍTULO III

Donna Keller consultó su reloj de pulsera.

Las 23.40 horas.

Aún faltaban veinte minutos.

Dudó...

Por unos segundos dudó entre seguir pisando firme el gas de su impresionante «Bizarrini-Europa 1900», cochazo *sport* fabuloso que su padre, Frankie Keller, propietario de la fábrica de juguetes electrónicos, le había hecho traer especialmente de Italia por complacer un capricho...; dudó, decíamos, entre eso o dar un giro completo al volante y regresar a su casa.

¿Y si la echaban en falta?

No.

No era fácil.

Donna contaba veintisiete años, y a esa edad no era como a los catorce o los quince, cuando los padres, antes de acostarse, se cercioraban de si la niña estaba en la cama, de si dormía o no...

Además, su padre era hombre fácil de convencer. Si no, allí estaba el automóvil espléndido que ella tripulaba, como prueba fehaciente de lo fácil que resultaba convencer a su padre.

Tomó una decisión.

Seguir pisando a fondo.

Seguir tomando vueltas y revueltas por el húmedo sendero que serpenteaba entre las colinas a una velocidad suicida, a una velocidad que la apasionaba. A Donna le gustaba correr. Sentíase satisfecha haciendo colear el coche al tomar una curva tras otras.

De nuevo dudó.

Se preguntó por qué lo hacía, por qué iba allí, al caserón enorme y lóbrego.

Quiso responder que el artículo de Peter Luger en el *New Dixon Herald* tenía la culpa.

Pero eso no era cierto.

Ella iba... porque de la leyenda fantasmagórica que rodeaba a Josephine Escarten, sabía la parte real, la verdadera, la que atañía monstruosamente a la familia Keller.

Y quería comprobar aquel «por qué» que se preguntaba.

De otra parte, lo que había escrito Peter Luger en primera plana... «¡Ah... y alguien de Dixon en la cárcel!»... podía significar que aquel *alguien* era o sería un miembro de la familia Keller, de su familia.

¿Y si estaba equivocada?

Lo estuviera o no... seguía pisando a fondo.

Donna Keller, además, quería mostrarse a sí misma como la mujer valiente y decidida que nunca había logrado ni lograría ser.

Era tímida, pusilánime y asustadiza por naturaleza.

¡Ah... eso sí! Quizá un tanto introvertida, sin que por ello hubiese anormalidad en su cerebro.

Había cosas que la hacían estremecer y que, sin embargo, la atraían como si de un imán mágico se tratase.

Una de ellas: la sangre.

Su horror y aversión hacia la sangre alcanzaba proporciones extraordinarias y, sin embargo, la fascinaba...

¿Fascinaba?

Trató de no pensar en nada.

La húmeda carretera serpenteaba por entre altos riscos y agrestes colinas, siguiendo el trazado tortuoso de la enorme cordillera que rodeaba Dixon.

A poniente, su negra silueta, la oscura mancha del punto de su destino...

La imaginación introvertida de Donna Keller se desbocó hacia abismos infernales. Pensó durante unos instantes en el cuerpo de Josephine Escarten, «reconstruido», danzando salvajemente en el interior de un círculo formado por fantasmas, espíritus, vampiros, y toda clase de monstruos inimaginables.

¡Era hermoso, en el fondo, poseer una imaginación como la suya!

Cesaron sus pensamientos porque había llegado a un punto, en los alrededores del caserón, donde tenía que dejar el auto y seguir a pie el resto del corto trayecto.

Frenó, estacionando el impresionante vehículo cerca del tronco de un enorme arbusto.

Abrió la portezuela y saltó al húmedo piso del estrecho sendero.

* * *

Las 23.50 horas.

Faltaban todavía diez minutos.

Donna caminó.

Y de súbito, una extraña sensación le dijo que todo aquello era irreal, absurdo, inexistente. Le dijo que su sendero carecía de meta alguna. Era... era muy agradable hallarse en medio del susurrar de los bosques, escuchar los suspiros de la brisa y el crujido de las hojas que aplastaban sus pies al caminar sin rumbo fijo. Una melancolía portentosamente extraña flotaba en el ambiente e iba adueñándose del espíritu de Donna Keller, Quizá era

la agonía de las hojas que ella pisaba, pensó. Fuera lo que fuese, nunca se había sentido tan contenta y feliz en su vida como en aquel momento.

Setas... ¡las setas venenosas vinculadas a la leyenda de Josephine Escarten!

Le dio un puntapié a una de ellas, mientras sus labios, como si no hablaran por sí mismos, susurraron:

—¡Maldita bruja...! ¿Por qué atormentas el pasado y el presente de los Keller?

Setas... de las muchas y venenosas que poblaban aquel sector del bosque.

Les fue pegando puntapiés.

Allí, a pocos pasos, en la parte más profunda del bosque, eran muy grandes. Había muchas setas. Pequeñas, grandes, enormes, mostrando sus cimas rosadas sobresaliendo del oscuro molde.

Donna parpadeó.

Tuvo la sensación de que danzaban a su alrededor formando extraños y horribles dibujos.

¡No...! Se trataba de su imaginación.

Pero...

Abrió la boca terriblemente asombrada, horrorizada, cuando vio que una de aquellas setas empezaba a crecer, crecer, crecer, CRECER, CRECEEEEEER...

¡Alcanzando los cinco pies de altura, mostrando una cabeza rojiza-marrón, como si fuera sangre seca!

¡Sangre!

Quiso retroceder.

Quiso huir.

Quiso dar media vuelta y echar a correr hacia el lugar en donde había dejado el *sport*.

Pero no pudo.

Una morbosa fascinación la empujó hacia delante, hacia un agujero circular y profundo... ¡el dejado por la seta gigantesca al desaparecer!

El fondo del hoyo, en apariencia un lugar muerto, era el principio de un túnel que sin duda debía conducir a los sótanos del lóbrego caserón que, caminando bajo aquel hechizo morboso, había dejado a su espalda... debía conducir al caserón embrujado.

El cruel silencio, el espantoso terror, el pánico inmenso que hacía zozobrar todo su cuerpo, viéronse vencidos por el impulso de la morbosa fascinación.

Y allí permaneció.

Quieta.

Inmóvil.

Dando rienda suelta a su introvertida imaginación.

De repente... ¡un zumbido!

¡Un zumbido!

Al otro lado del inmenso bosque.

Sobre una cima que lo dominaba.

¡Allí estaba ubicado el cementerio de Dixon!

Los negros y densos nubarrones que poblaban el firmamento, se iluminaron de súbito. Y apareció una luz extraña, ovoidea, de rictus cruel, que se detuvo encima de la necrópolis enviando hacia ella unos rayos intensos, diáfanos, reverberantes.

Tumbas, panteones, mausoleos... todos brillaron bajo aquella luz, dentro de la oscuridad precedente, al otro lado de la verja del cementerio.

¡Y de una de aquellas tumbas surgía el zumbido!

¡Surgía el cuerpo espectral de una mujer montada en un hacha y volando cerca de la grotesca luna!

De nuevo aparecieron los nubarrones.

Donna gritó.

Pero interiormente. El grito no llegó a escapar por entre sus labios.

Y entonces... ¡sintió que unas manos extrañas de esqueléticos dedos la empujaban violentamente hacia el interior del agujero formado al desaparecer la gigantesca seta!

Cayó dentro del túnel.

Gritó.

Sin que el grito se oyera.

¡Corriendo...! ¡Corriendo...! ¡Corriendo!

Corriendo enloquecida de terror.

Corriendo para tratar de evitar que la alcanzase aquel ser extraño, que imaginaba monstruoso, de manos con esqueléticos dedos.

Corriendo... Corriendo...

¡Corriendo!

* * *

Nada.

Silencio.

No la seguía nadie.

Amainó su carrera para volver la cabeza atrás.

Oscuridad.

Tinieblas.

Nada.

Nadie.

Silencio.

¡Su maldita imaginación!

Pero siguió adelante, caminando por el túnel, atraída por la misma

fascinación morbosa que la atrajera poco antes hacia aquella enorme seta...

Sus pies, en la oscuridad, tropezaron con algo.

Un peldaño de madera.

El primero de una escalerilla de caracol que principiaba al término del túnel.

A tientas, buscó el pasamanos.

Y notó que al tocarlo, los dedos se le llenaban de un polvo húmedo, viscoso, que muy bien podía ser...

¡Sangre!

Dio un paso atrás. Trató de mirarse los dedos en la oscuridad esperando ansiosa febril, distinguir la mancha roja, sanguinolenta.

No...

Agua. Humedad. A la que se adhería el polvo.

Inició el ascenso, temerosamente.

Crujían.

Los peldaños de madera, cada vez que ella depositaba un pie, aun con temor, crujían espantosamente.

Un pie...

Otro peldaño...

¡Crask...!

El crujido.

¡El maldito crujido!

Se hizo interminable. Parecía una escalera sin fin. Pero lo tenía.

Su último peldaño...

* * *

Su último peldaño...

Más crujiente que ninguno, más carcomido que los otros, desembocaba a una vasta estancia donde las tinieblas se disipaban ligeramente merced a una luz tenue.

Tenue luz... sí.

La de los candelabros de un solo brazo situados a cada extremo de la desvencijada mesa de madera, larga, estrecha, que había en el centro de la estancia.

Y en mitad de la mesa una bola redonda, esférica, de translúcido cristal.

Donna avanzó.

Solo unos pasos, porque de repente se quedó muy quieta.

Porque la luz de los candelabros que rasgaban la oscuridad en borrón difuso, amarillento, proyectándose como impactos de penumbra contra la superficie de la mesa... le permitieron contemplar al hombre que rígido, inmóvil, enhiesto, estaba sentado a ella.

Reverberando en su rostro aquellas sesgadas esquivas de infernal y fugaz luminosidad.

¡Era Peter Luger!

Donna permaneció unos instantes quieta, rígida como Peter Luger, pero en pie.

Mirándole.

Contemplando las sombras fantasmagóricas que lo rodeaban.

Sombras... sí.

Al fin Donna, empujada por aquella curiosidad morbosa y fascinante que ejercían sobre su espíritu todas las cosas de naturaleza infrahumana, avanzó, rodeando la mesa por el lado opuesto en donde se hallaba sentado el periodista.

Se situó frente a él, dominando todos los temblores y zozobras que sacudían espasmódicamente su cuerpo bien formado.

—Señor Luger... —susurró—, señor Luger... ¿es que no me oye?

Peter Luger permaneció inmóvil.

Con los ojos muy abiertos... con los ojos muy fijos en la bola de cristal.

Como en trance.

O... como cautivo de un estado de hipnosis magnética.

—Señor Luger... —insistió.

—No te esfuerces, Donna Keller —dijo de súbito una voz gutural, sardónica, horrible—. No te esfuerces porque no se oye. El solo espera... ¡Espera que tú lo mates!

Casi dio un brinco, retrocediendo, volviendo la cabeza hacia el lugar de donde surgía la voz.

Tinieblas.

Pero en medio de ellas se distinguía un bulto alto, erguido, como si hubiera nacido de entre aquellas. Cubierto por una capa rojiza.

¡De color sangre! ¿O... manchada de sangre?

Solo un bulto, el color rojizo de la siniestra capa, y... sus ojos...

¡Los ojos de «él»! ¡Rojos como el mismo fuego! ¡Como la misma sangre!

Donna Keller notó, sintió, experimentó que los chispazos incandescentes que brotaban de aquellos ojos, rojos como el fuego y la sangre, se introducían en los suyos como agudísimos alfileres...

—Está... está esperando que tú le mates, Donna Keller.

Había sonado de nuevo la voz gutural, cavernosa.

La voz obsesionante.

Enloquecedora.

Pero lo más terrible, lo horrendo, lo que erizaba los cabellos de la nuca y hacía rechinar los dientes con estridencia... fue la pregunta que Donna le hizo al hombre de capa ensangrentada oculto en las tinieblas:

La pregunta:

—¿Con qué lo mato...?

Y la voz, más suave ahora, menos cavernosa y gutural, casi persuasiva, musitó:

—A tu izquierda hay una silla, y sobre ella, una pistola. ¡Mátalo con esa pistola! ¡Ahora! ¡Ahora mismo!

Donna, igual que un juguete electrónico de los que se construían en la fábrica de su padre, giró lenta, despaciosamente, hacia su izquierda.

La silla.

La pistola.

La voz de nuevo:

—Ahora, Donna... ¡Mátalo ahora!

Extendió la diestra atrapando con firmeza la culata del arma.

Giró a la inversa, ahora.

Mirando a Peter Luger.

Inmóvil.

Con los ojos muy abiertos.

Muy clavados en la bola de cristal.

Donna Keller fue alzando el cañón de la automática.

Una fracción de segundo.

Y...

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Cuatro disparos.

Cuatro proyectiles que volaron en pedazos la cabeza del periodista.

Y fue entonces cuando aquel bulto negro se despojó de la capa.

Era una mujer.

¡Era Josephine Escarten con el rostro horrible de cuando había nacido!

Piel arrugada. Ojos rojizos y viscosos. Dos agujeros hechos con la punta de unas tijeras...

Fue en aquel instante cuando Donna Keller pareció volver a la realidad.

Y aulló, desagradable, desgarradoramente:

—¡Aaaaag...! ¡Socorroooo...! ¡Aaaaag!

Y echó a correr.

Enloquecida.

No sabía a dónde.

Pero corrió.

El instinto la condujo a la escalerilla de caracol.

Bajó atropelladamente los peldaños.

Y lo que al subir solo fueran crujidos, ahora se transformó en:

¡Craaaasck!

El último peldaño.

El túnel.

Y la salida...

Donna Keller corría.

Corría por el bosque tropezando con hierbas, trancos, árboles...

Corría...

En busca del *sport* que la había conducido a la mansión de los horrores más diabólicos que jamás mente humana hubiera concebido.

* * *

Al día siguiente, una edición especial lanzada por el *Dixon Sun* estaba encabezada en letras de molde con el largo y siguiente enunciado:

«¡Crimen atroz cometido por un espectro de leyenda!

«Peter Luger, malogrado colega que trató de demostrarnos a todo Dixon lo erróneo de creencias fantasmales en pleno siglo Veinte, que trató de demostrarnos lo falso de las leyendas, lo inverosímil e imposible de espectros resucitados, murió anoche con la cabeza destrozada por cuatro balazos... ¿Quién puede convencernos ahora de que esa pistola no la empuñaba el espectro de Josephine Escarten Castel-lo?

«¿Cómo debe reaccionar el pueblo, la ciudad de Dixon, ante un hecho de tan terrible magnificencia? Este periodista, ante las pruebas fehacientes e irrefutables, aconseja a los ciudadanos que no se acerquen de noche... ni tan siquiera de día, al caserío o al cementerio».

Firmaba Burton Moran, redactor jefe del *Dixon Sun*.

* * *

Hubo una persona en la ciudad que no pudo leer ni la mitad del largo título, porque estrujó el periódico con desesperación, salió de su domicilio, se puso al volante de un fabuloso deportivo italiano «Bizarrini-Europa 1900», y enfiló la general Dixon-Chicago a una velocidad algo más que suicida.

CAPÍTULO IV

Keith Kane era un tipo al que la vida se había encargado de pegarle duro.

Un tipo que se las sabía todas.

Que estaba de vuelta, vamos.

Había nacido en el barrio más humilde y golfo, al mismo tiempo, de Chicago.

En Cícero.

A los ocho años, Keith robaba fruta en las tiendas y colmados que ponían sus cajas en la acera.

A los catorce, y ascendiendo de categoría, birlaba monederos en los mercados.

Y a los dieciocho, hecho ya todo un mangante de tomo y lomo, «cepillaba» carteras en el *subway*. Pero lo de las carteras duró poco tiempo. Justamente el que tardó en «cazarlo» la «bofia», *in fraganti*, sin nada que alegar en su defensa, y meterlo en el «talego» por una temporada.

Cuando salió al sol, o abandonó la sombra, que viene a ser algo muy parecido, Keith se enfrentó al dilema de enrolarse con unos *gangstercillos* de tres al cuarto, o elegir el sendero de la honradez.

Pensó también en el Ejército.

Y así, resuelto el dilema, fue como pasó a servir durante tres años en las filas de la *navy*. Vida esta que a Keith le encantó. De puerto en puerto, cobrando bien, emborrachándose mejor, mujeres, juergas y orgías a todo meter, etc.

Pero llegó la licencia. Eso que unos esperan con verdadero delirio y que otros... y que para otros constituye un verdadero problema.

Como le sucedió a Keith Kane.

¿Seguía en la *navy*, elegía la senda de la honradez o regresaba a ser «mangante» de poca monta?

¡Bah! En realidad, por ninguno de los tres caminos se llegaba a ser nadie en la vida.

Pero se acordó de lo estrecha que era la celda, de lo gruesos que eran los barrotes... ¡y de lo pestilente e insoportable que era el «rancho»!

Tipo honrado de los que nunca eran nada en la vida: decidido.

Pero necesitaba un trabajo dinámico que le proporcionara emociones fuertes... algo que frisara la frontera de las prometedoras aventuras.

¿Detective privado?

¡Sí, claro...! ¿Por qué no?

Pero estaba sin un miserable penique. En la *navy* no había ahorrado ni

«gorda». Todo dilapidado en orgías. Así que Keith Kane, a cara y cruz, se jugó el tipo. Estuvo un mes «trabajando» en el *subway* para hacerse con irnos dólares. La suerte le acompañó, ya que esta vez la «pestañi» no tuvo oportunidad de pescarlo.

Con pasta en la mano se fue a por la licencia.

Tuvo sus problemas.

Porque constaba que había estado en el «talego» y que había llenado una ficha como delincuente habitual en un precinto de la Metropolitana.

Instancias, papeleo, y los buenos informes que de él dio la Marina de los Estados Unidos sirvió para que rompiesen su ficha y anulasen sus antecedentes.

Licencia de investigador privado al canto.

Pero estaba otra vez, casi casi, sin un penique.

Alquiló una especie de buhardilla en un barrio tan sucio y mísero como Cícero y se puso un letrero en la puerta, que decía: «KEITH KANE, PRIVATE INVESTIGATION».

Le cayó algún cliente, sí. De cuando en cuando. Trabajos de poca monta. Nada de las aventuras y emociones que él había supuesto y esperado. «Siga a mí marido que me la está “pegando” con una rubia del *burlesque*». «Siga a mí mujer que cuando va al mercado deja el cesto en tal sitio...» ¡Puaf! ¡Basura! ¡Le reventaba hacer de espía barato!

Hasta el soleado día en que la suerte aporreó la puerta de su despacho (conste que decir despacho es un eufemismo) en forma de tipo gordo con más billetes que vergüenza, el cual le encargó algo menos decente todavía... pero bastante más lucrativo.

La cosa le salió a Keith redonda y el tipo gordo lo recomendó a sus amigotes... también de surtido billeteaje.

Cayeron clientes con dólares calientes. En verso o prosa, esa es la realidad.

Y algún que otro caso interesantillo.

Un buen día su nombre asomó a los periódicos, cosa que, dicha sea de paso, le sentó como una patada en los riñones a los honorables miembros de la Metropolitan Police, ya que Kane, como suele decirse, les había pasado la mano por los morros.

¡Que se jo... robaran!

Más casos interesantes y más veces en el periódico.

Mandó la buhardilla a hacer gárgaras y se mudó a un barrio más selecto y elegante.

117 de North Avenue, en Northlake.

Puso un anuncio en la prensa pidiendo una «secre».

Se presentaron varias y aprobó Merle Winter, la única, precisamente, que no sabía taquigrafía y apenas escribir a máquina, pero sí enseñar unas piernas preciosas y ponerse un jersey de verdadera antología.

Además, a Merle, le agradó su jefe.

Y le dejó.

Le dejó salir con ella, subir a su apartamento, tomar un *whisky*... y lo que le apeteciera.

Solía decirle:

—Eres guapo, Keith. Me gustas.

Y entonces se besaban.

Y después... ¿para qué entrar en detalles molestos?

Cierto, sí, que Keith, a las mujeres, siempre les había caído bien.

Era alto y musculoso, de planta y contextura atlética. Cabello rubio ondulado, ojos negros, labios sensuales, y un rictus burlón en ellos que era lo que más atraía a las «parientas».

Resumiendo, que es gerundio: Keith Kane tenía un señor despacho, una secretaria de bandera, clientes con pasta... ¡ah! y una de las tarifas más elevadas de Chicago.

En la vida, paisano, cuando llega la ocasión... ¡hay que hacerse «cotizar», hay que hacerse «cotizar»!

Máxime, cuando se han pasado moradas.

* * *

Aquella mañana, Keith llegó a la oficina más pronto que de costumbre.

Merle, que se estaba arreglando un tirantito, le pidió que la ayudara.

Luego, beso.

—¿Cómo has venido tan temprano? —jadeó la exhaustiva «secre».

—Malas costumbres que estoy cogiendo, pequeña. ¿Algo nuevo?

Sonrió picaresca.

—Yo. ¿No te has fijado en el jersey?

Se fijó.

Sí, era muy buen género.

Luego, pasó a su despacho.

Detrás de la mesa abrió el primer cajón de la derecha, sacó una botella de «Ancestor», le pegó un «meneo» más que regular directamente del gollete y se fumó el primer pitillo de la mañana.

El que sabía mejor de todos.

Bocanadas de humo al techo. El miraba complacido como se deshacían, mientras no pensaba en nada.

En nada.

¡Menuda vidorra que se tiraba el fulano!

Pero Keith Kane, mientras fumaba el primer pitillo de la mañana, ignoraba que aquella, precisamente, iba a ser decisiva en su vida.

La cosa empezó... al brillar la lucecita del interfono que había encima de su mesa y oírle decir a la voz de Merle:

—Jefe...

—¿Sí, Merle?

—Una cliente. La señorita Donna Keller desea hablarte.

—Hazla pasar.

Apagó el cigarrillo, efectuó un ligero retoque en la corbata, tiró hacia abajo de los faldones de la chaqueta y abandonó la mesa, acercándose a la puerta.

Se abrió aquella y Merle se hizo a un lado para dejar entrar a la mujer, presentándola:

—La señorita Keller...

LA REALIDAD (I)

Lo de señorita estaba por comprobar. Pero que era de verdadera antología, lo estaba comprobando ya el rubio Kane.

Allí, erguida majestuosamente junto al umbral, mostrando su cuerpo recortado en el interior de una sola pieza de color negro.

Lo que también constató Keith es que ella estaba muy nerviosa.

Taconeaba.

—¿Míster Kane? —inquirió ella.

—Para usted Keith a secas, señorita... ¿Cuál ha dicho que es su nombre?

—Donna. Donna Keller.

—Pues bien, Donna, pase y siéntese.

Ella, entre nerviosa que estaba y más nerviosa que la estaba poniendo la manera de actuar de un detective que había leído era de los mejores de Chicago, casi no atinó a sentarse.

Keith le acercó la silla y luego pasó tras la mesa.

—Y bien... —dijo—. ¿En qué puedo ayudarla, Donna? Ella se mordió el labio inferior.

—En realidad... no sé si usted podrá ayudarme.

—Eso está por ver, ¿eh? ¿Cuál es su problema? Porque supongo que ha venido a contármelo, ¿no?

—Sí... sí, claro. Mi problema es gravísimo. Yo... he cometido un crimen horrendo.

Antes de hablar o responder, Keith la estudió detenidamente.

Rostro de óvalo tostado enmarcado por una mata de cabello cobrizo que resbalaba por encima de los hombros; cejas cuidadosamente depiladas con suaves y rizadas pestañas, por entre las cuales brotaban los rayos refulgentes de unas pupilas color ámbar. Boca de trazo fino, de chispazos escarlata.

Fuera de serie.

¡Y asesina!

—Bueno... —susurró al fin Keith, con aquel su rictus escéptico curvándole los labios—, tratándose de usted, no creo que el crimen sea tan horrendo como dice. Además... casi envidia a la víctima. ¡Morir en manos de usted!

—¡Míster Kane...!

—Por favor, serénese. Y le he dicho antes, que para usted, Keith a secas. Hábleme de ese crimen que dice haber cometido.

—¡Que he cometido! —exclamó afirmativa y rotunda. Y agregó—: He viajado desde Dixon a Chicago en busca de ayuda... no en busca de nadie que se burle de mí y de mis problemas. Me han asegurado que es usted uno de los mejores detectives de Chicago, pero...

—Pero... —la cortó él—, ¿qué?

—Pues... verá, su comportamiento me desconcierta. Keith sonrió con suavidad.

—Correcto. Hablemos en serio. ¿A quién ha asesinado usted y por qué motivos?

Donna tardó unos segundos en contestar. Y más que hacerlo, preguntó a su vez:

—¿No ha oído usted hablar de la leyenda de Dixon? Negó el de la rubia cabeza.

—No. Creo que no. De pequeño leía las historias de terror de Víctor Hugo, William Irish, Edgar Allan Poe... y de mayor algunas de Robert Bloch; pero no recuerdo que ninguno de esos autores narrasen nada sobre la leyenda de ese lugar llamado Dixon.

—¿Sigue usted bromeando, míster Kane?

—¡Keith a secas, diablo! Y no estoy bromeando. Me limito a decirle de una forma más o menos original, que desconozco la leyenda de Dixon. Tiene usted un concepto muy confuso de las bromas y el humor, Donna. Yo soy poco aficionado a ese tipo de truculencias. Pero, además... ¿qué tiene que ver la leyenda de Dixon con el crimen que usted ha cometido?

—¿Deja que le explique la leyenda?

—Hágalo. Es nuestro tiempo. Al fin y a la postre usted lo pagará. ¡Adelante con la leyenda! La escucho.

Donna Keller, después de morderse el labio inferior varias veces y de retorcer los dedos de una mano en el interior de la otra, empezó:

—En el año 1898, nació en Dixon una niña llamada...

Seguidamente, punto por punto, sin escatimar un solo detalle, Donna narró al detective la terrorífica leyenda de Josephine Escarten.

Al término de sus palabras, Keith comentó:

—Impresionante. Pero terriblemente absurdo.

Un pequeño silencio.

Ella dijo:

—En esa leyenda, míst... Keith —por fin se decidió a llamarle Keith a secas—, hay un pequeño contenido de lo que fue en realidad la historia de Josephine Escarten. Una terrible realidad que se relaciona íntimamente con mi familia.

—¿Quiere explicarse con más claridad?

—Voy a hacerlo, Keith. Ciertamente que Josephine Escarten nació en Dixon el año 1898. Era una muchacha poco agraciada, pero no el monstruo que se describe en la leyenda. Por aquel entonces, en Dixon, mi abuelo, Robert H. Keller...

—¡Robert H. Keller, Robert H. Keller...! —la atajó el detective—. ¿No fue uno de los primeros cirujanos en experimentar la plástica y la cosmética?

—¡Exacto! Y su primer experimento, Keith, lo realizó en 1919, secretamente... en el rostro de Josephine Escarten, cuando la chica contaba 21 años de edad. Y tan perfecto fue el trabajo de mi abuelo, tan maravilloso el rostro que le «hizo» a Josephine, que se enamoró locamente de ella. Y tuvieron un hijo; que no fue tampoco ese pequeño engendro hediondo del que habla la leyenda, sino todo lo contrario. Mi abuelo, hombre casado y con familia, hombre con un prestigio como cirujano y una posición social que defender a toda costa, le arrebató el niño a la madre, entregándolo a un matrimonio sin hijos que estaba de paso en Dixon camino de Elgin.

—Elgin... ¿eso está a pocas millas al norte de Chicago, no?

—Sí. En el mismo Estado de Illinois.

—Bien, siga. ¿Qué hizo su abuelo después de entregarle el niño a ese matrimonio?

Donna, como avergonzada, inclinó la cabeza.

Tardó unos segundos en responder así:

—Lo que hizo mi abuelo, Keith, fue una monstruosidad. Para evitar que Josephine pregona a los cuatro vientos la verdad de todo lo sucedido... le administró varias drogas, la estuvo inyectando durante un tiempo, hasta conseguir perturbar sus facultades mentales. ¡Horrible! ¡Es horrible tener que decirlo! Pero esa fue la realidad. Josephine Escarten se volvió medio loca, y entonces sí, como narra la leyenda, fue a refugiarse en el caserón que se alza en una de las colinas de Dixon frente a la que se halla el cementerio. Le dio por decir que adivinaba el porvenir, que tenía poderes sobrenaturales... y es cierto también que Delano Manning, por burlarse, acudió una noche a que le adivinara su futuro. Por una de esas crueles ironías de la vida, Josephine acertó. La mujer de Manning murió antes de las 48 horas, accidentalmente, y aquel subió medio enloquecido al caserón para matarla con un hacha. Luego, vino todo eso de las salidas, como le he contado, que hacía ella montada en un hacha, desde su tumba al caserón;

leyenda, en verdad, que mi abuelo fue de los primeros en fomentar y dar pábulo, porque así convenía a sus propósitos, en evitación de que nadie pudiera jamás descubrir la verdad.

—¿En qué año fue asesinada Josephine?

—Creo que en 1935. Esto, Keith, lo de la realidad que acabo de explicarle con respecto a la leyenda... es un secreto familiar que solo pertenece a los Keller.

—¿Y quién ha dicho que voy a contárselo al primer reportero sensacionalista con que me tropiece? Soy detective privado, Donna, no informador de prensa a comisión —le dijo seca y duramente Keith Kane.

Ella enrojeció, inclinando la cabeza de nuevo. Y habló otra vez el pesquisa, inquiriendo:

—De todas formas, ¿qué tiene que ver la realidad y la leyenda de Josephine Escarten con un crimen que usted ha cometido y que todavía no me ha dicho por qué ni en la persona de quién?

—Para que pueda comprenderme mejor, Keith, he tenido que efectuar primero toda esa narración. ¿No ha dicho usted mismo que yo pagaba su tiempo? Pues deje que me explique cómo lo hago, porque mis motivos tengo. Ya le he dicho que no he viajado desde Dixon aquí...

—¡Bien, bien, Donna! —alzó él las manos, encogiéndose de hombros y moviendo su cabeza de dorados rizos—. Correcto. Adelante, siga con la historia.

—La historia o leyenda, en verdad, se acabó poco tiempo después de morir Josephine. Pero... la historia y ella, ¡han resucitado hace pocos días!

Keith Kane la miró de soslayo.

—¿Sabe lo que está diciendo, Donna... o se encuentra mal?

LA REALIDAD (II)

Ante el silencio que abrióse entre ambos, Keith repitió su pregunta:

—¿Sabe lo que está diciendo, Donna... o se encuentra mal?

—¡No! —estalló, congestionado el bello rostro—. ¡Ni me encuentro mal, ni estoy loca! ¡Y sé perfectamente lo que estoy diciendo!

Y acto seguido, de un pequeño bolso de auténtico lagarto de los grandes, extrajo un par de recortes de periódico, diciéndole al detective—: Tome, lea esto. Son dos artículos de cada uno de los rotativos de Dixon. Este... el del *Dixon Sun*, y este otro del *New Dixon Herald*.

Keith, con atención, leyó el enunciado del que correspondía al *Dixon Sun*. Que decía:

»Un cadáver desmenuzado con un hacha hace más de treinta años, surge de su tumba cada día, a la medianoche...»

Y debajo, seguía la extensa glosa que firmaba Burton Moran.

Keith, cuando la hubo leído, apartó el recorté para dedicar su atención al artículo del *New Dixon Herald*. Cuyo encabezado era el siguiente:

«Peter Luger, redactor jefe de este periódico, acudirá esta noche al caserón donde fue asesinada, con un hacha Josephine Escarten Castel-lo...»

Y firmaba el propio Peter Luger.

Kane, después de volver a leerlos, comentó:

—Moran me parece el clásico reportero trápala y enredón, que aprovecha la más mínima oportunidad para vender periódicos a base de mentiras y «rollos» sensacionalistas. Luger me parece un hombre con más lógica y un verdadero profesional, un periodista que siente respeto por quienes le leen y no gusta de embolsarse pasta facilona a costa de largarles truculentos «rollos» a los lectores. En resumen...

—En resumen —le cortó ella, con voz ronca—, que... es precisamente a Peter Luger a quién he asesinado esta noche pasada disparándole cuatro balazos.

Silencio... (así, subrayado).

LA REALIDAD (III)

Silencio...

Pero en el fondo, a Keith Kane no parecía haberle impresionado lo más mínimo la confesión de la muchacha.

Y soltó:

—Usted está como un auténtico rebaño de cabras, Donna. Le aconsejo que se largue de mi despacho y se haga mirar el «tiesto» por un siquiatra.

Ella, crispando las manos en el borde de la mesa metálica a la que estaba sentado el detective, exclamó patéticamente:

—¡Por Dios se lo pido...! ¡Déjeme que termine!

Keith se mostró escéptico.

No obstante, el desgarrador patetismo puesto por Donna en su angustiada exclamación, hizo mella en su ánimo.

Dijo:

—Correcto. Termine.

Ella suspiró profundamente.

Después:

—El artículo escrito por Peter Luger me impresionó. Comprendí que había descubierto algo de la verdad... y que el *alguien* de Dixon que podía ir a la cárcel habría de ser de mi familia...

—¡Un momento, un momento! Su abuelo murió, ¿no?

—Sí. En 1949.

—Entonces... ¿qué miembro de la familia iba a pagar la cruel acción cometida por quien ya estaba muerto?

—¡No sé... no sé! Son castillos de arena que yo me hice dentro de la cabeza. El caso es que anoche, serían las 23,40 horas, cuando a bordo de mi «Bizarrini-Europa 1900» volé hacia el caserón.

Ahora, el relato de Donna Keller fue extenso. Minucioso. Detallado. Morbosamente sobrecogedor. Fantasmagórico. Porque no regateó un solo acento a todo el pánico que ella había vivido en el caserón, amén de explicar cómo y en qué forma había cometido el asesinato.

—No he traído el periódico de esta mañana —agregó después... porque me he estremecido con solo leer los titulares que hablan del crimen. Crimen que aún no se sabe...

—Un momento, Donna —la atajó el detective, que empezaba a demostrar un vivo interés por el caso. Preguntando a continuación—: ¿Está segura de que usted no ha sufrido una pesadilla que esta mañana, los titulares del periódico han confirmado casualmente al haber sucedido el crimen en la realidad?

Ella, con una expresión de torturado sufrimiento, movió la cabeza en sentido negativo.

Y aclaró:

—No. Pero cabría esa posibilidad... de no ser como es, que la indumentaria que yo llevaba ayer noche está salpicada de sangre.

Keith Kane permaneció unos segundos reflexivo.

Y con voz grave, adoptando una expresión profesional cien por cien, que nada tenía que ver con sus escepticismos anteriores, aseveró:

—En tal caso, Donna, hay algo en su relato que falla. Que es falso. Y no quiero creer que usted haya venido a mentirme...

—¡Por favor...! ¡No le comprendo! ¿Falso? ¿Qué es lo que suena a falso? ¡Le he narrado toda la verdad! Jadeaba.

Estaba nerviosa.

Vehemente.

Keith la tranquilizó con un ademán y dijo:

—Trataré de puntualizar, Donna. Usted me ha dicho que se daba perfecta cuenta de la monstruosidad que estaba cometiendo... pero que no podía evitarlo porque los ojos fosforescentes que brillaban en la oscuridad la mantenían en un estado de hipnosis, ¿no es eso?

—¡Sí... sí, así fue!

—Pues bien, Donna. Eso no es admisible, ni lógica ni científicamente. El término hipnosis, hipnotismo o neuro-hipnotismo, creados por el médico inglés James Braid en el año 1843⁽¹⁾, admite diversos estados, cuyo número varía según los autores del mismo y según se aplique para fines curativos en psiquiatría y psicoanálisis, o simplemente como fenómeno demostrativo de las propiedades magnéticas que un individuo pueda poseer sobre otro. De esos estados, generalmente los más corrientes y aceptados son: «Hipnosis ligera», «Hipnosis media» e «Hipnosis profunda», caracterizada esta última por la completa amnesia del experimento sufrido después de despertar.

»Usted, Donna, recuerda lo sucedido, recuerda lo que hizo, según su versión, en un estado de hipnosis que solo encaja en los de «Hipnosis ligera» o «Hipnosis media», porque de ser el tercero no se acordaría de nada de lo ocurrido. Sin embargo, y le hablo con excelente conocimiento de causa, ningún estado de «Hipnosis ligera o media» se consigue con el solo hecho de mirar con unos ojos fosforescentes desde la oscuridad. Para que un individuo entre en estado de hipnosis se requiere cierto tiempo y se emplean procedimientos que, aunque parezcan novelescos, son muy verdaderos, tales como: estimulación visual, estimulación táctil o estimulación auditiva...

Keith Kane, tras dar una demostración de que no era detective privado solo por su desenfado personal o por causa de la suerte, sino también porque se había ocupado de obtener conocimientos en todos los terrenos, incluso científicos, hizo una pausa. Para añadir seguidamente:

—Además, todo el mundo no responde de igual forma al modo de sugerencias habituales; por lo tanto, hemos de admitir que no se puede hipnotizar fácilmente a todo género de personas. Y con respecto al sexo, no existen... al menos que yo les conozca, datos científicos que demuestran que la mujer es más fácilmente sugestionable que el hombre, ni que...

—¡Entonces...! —estalló ella sin poder contenerse—. ¿Usted me está acusando de asesina? ¿Me está diciendo en terminología científica que yo, por puro instinto o por evitar que la memoria de mi abuelo se viese «desenterrada» por la grave falta que cometió... asesiné ayer a Peter Luger? ¿Es eso lo que me está diciendo, detective Kane?

—No la estoy acusando de nada, Donna, sino todo lo contrario. Porque si yo pensara que usted cometió ese crimen conscientemente, la entregaría ahora mismo a las autoridades. La creo... ¿me oye? creo su historia. Porque, por otra parte, si la creyera verdaderamente una enferma mental, aunque usted paga mi tiempo como yo mismo le he dicho antes, ya hace rato que la hubiera sacado de este despacho. Yo, lo que he tratado de decirle en terminología científica, aunque es obvio que usted no lo ha comprendido, es que fue hipnotizada antes... antes de llegar al caserón y

ver los ojos fosforescentes; estos últimos, Donna Keller, se limitaron a excitar el estado de hipnosis en que ya había entrado, para que usted cometiese el asesinato de Peter Luger que, sin duda, estorbaba a ese «alguien» de Dixon que podía ir a la cárcel según aquel mismo había publicado en su artículo. De lo contrario, de no haber sido hipnotizada antes... ¿cómo justifica que sin mirar los ojos fosforescentes viera usted agigantarse monstruosamente una seta y danzar otras a su alrededor?

Ella, confusa, anonadada ante la explicación ahora contundente de Keith Kane, preguntó con voz incoherente y torpe:

—¿Y... y... quién pudo... quién me hipnotizó antes?

—Eso... —repuso él— me lo ha de decir usted. ¿Con quién o quiénes vive?

—¡No puede usted pensar eso!... ¡Mi familia...!

—Le he hecho una pregunta, Donna. Usted déjese de si puedo o no puedo pensar y de su familia o no su familia... y responda. ¿Con quiénes vive?

—Todos los Keller vivimos en el edificio de cuatro plantas que mi abuelo hizo construir en el interior de la clínica, cerca de donde se alza esta pero dentro, como ya le he dicho, del mismo recinto.

—Enumere.

—No entiendo...

—Pues está bien claro —repuso el detective secamente—. Me refiero a que enumere la distribución de sus familiares dentro de ese edificio anexo a la construcción de la clínica.

—Sí... sí... En la planta baja vive tío David, el cirujano, que es viudo, con su hija Mavis. En la segunda vive mi tío Martín, que es médico de medicina general e interna, con su esposa Myrna Madison y su hija Ruth.

En la tercera planta vivimos mi padre y yo; mi padre, único miembro de la familia que no ha querido ser médico, es propietario de una fábrica de juguetes electrónicos muy famosa en todo Norteamérica...

—¡Ahá! Es cierto. He oído hablar de esa fábrica en Dixon. Pero, siga, ¿quién vive en la última planta?

—Tía Wanda. Pero como ella es soltera, la verdad es que físicamente no fue la naturaleza muy generosa con ella... bueno, pues como está sola, pasa buena parte del día con nosotros o en casa de tío Martín, haciendo compañía a su esposa Myrna y a mí prima Ruth. Eso es todo, Keith.

—Suficiente por ahora. ¡Ah! se me olvidaban unas, preguntas. Usted ha dicho antes que medio Dixon, o Dixon entero, ha visto últimamente a esa mujer que vuela encima de un hacha...

—Sí, es cierto, ya ha visto los recortes del periódico.

—Correcto. Pero yo me pregunto: ¿es que no hay policía en Dixon?

—Sí la hay, Keith. Incluso una subdivisión del FBI. Pero tanto Silver Debry, jefe de la policía local, como Black Haré, jefe de la oficina en Dixon

del Federal Bureau of Investigation, están totalmente desconcertados y no saben cómo proceder ante un hecho que... que no consideran terreno.

Keith Kane soltó una estentórea carcajada.

—¡Toma del frasco, Carrasco! ¿Así que la policía de Dixon también cree en brujas, espectros, fantasmas y resucitados? ¡Y otros haciendo la guerra en el Vietnam! Cuando yo digo que este es el país de los contrastes más raros y absurdos que existe en la capa de la tierra... ¡En fin...! Usted ha venido a pedirme, en resumidas cuentas, que vaya a Dixon e investigue la verdad, ¿no?

—Sí...

Keith fue a lo positivo.

—Quince mil dólares, salga bien o mal. Gastos aparte. Y diez mil más si descubro el misterio. ¿Le convienen las condiciones?

Cabeceó ella afirmativa.

—¡Aunque tuviera que venderme el coche! Pero no será necesario. Dispongo de ese dinero. ¿Quiere algún anticipo?

—Suelo cobrar los trabajos cuando termino. ¡Ah!... Un detalle importante. ¿Estuvo usted de veraneo el año pasado?

Donna quedó confusa y boquiabierta. ¿A qué venía aquella pregunta? No obstante, respondió:

—Sí... en Palm Beach, Miami.

—Correcto. Usted y yo nos conocimos el año pasado en Miami y usted me dejó su dirección por si alguna vez iba por Dixon. ¿Entiende?

Negó con la cabeza.

—Pues... no.

—Pues le estoy facilitando el camino para que me presente a sus familiares sin necesidad de que nadie, ni sus propios padres, sepan que yo soy detective privado. ¿Ha comprendido ahora?

—Sí. Y he comprendido otra cosa.

Ahora fue él quien quedó confuso.

—¿Cuál?

—Que quien me ha dicho que era usted el mejor detective de Chicago estaba en lo cierto. ¿Cuándo llegará a Dixon, Keith?

—Deme un día de tiempo para dejar otros asuntos solucionados.

—De acuerdo.

Ambos se pusieron en pie y se estrecharon las manos.

—Hasta muy pronto, Donna.

—Hasta muy pronto, Keith.

CAPÍTULO V

David Keller era un hombre por cuya sangre corría ardiente y encendido el «microbio» de la cirugía.

Era este, sin duda, un «germen» heredado de su padre.

Pero Keller hijo había conseguido perfeccionar hasta tal extremo las enseñanzas recibidas de su difunto padre, que hombres y mujeres de puntos muy distantes a aquel pequeño lugar del Estado de Illinois, acudían y seguían acudiendo a someterse a operaciones de cirugía estética, plástica y cosmética, que aquel hombre de 72 años de edad practicaba con la seguridad y firmeza con la que no hubiese sido capaz de hacerlo un cirujano mucho más joven que él.

Pero David Keller, por razón de sus años y de su temperamento, que se había avinagrado bastante con el fallecimiento de su esposa, era un hombre intemperante, autoritario, déspota incluso, con el que se hacía difícil convivir.

Si con alguien se mostraba un poco humanitario y cariñoso era con su hija Mavis —una mujer solterona de 43 años de edad, poco agraciada físicamente, lo mismo que su tía Wanda, y con la que se llevaban pocos años, quizá por lo cual se compenetraba con ella mejor que con nadie—, a la que, a pesar de todo, David Keller había amargado la existencia con sus imposiciones, exigencias, sus malos humores y con la vida un tanto anacrónica y retrógrada a que la había sometido.

David había dicho cientos de veces, en vida de su mujer incluso, que no quería que su hija fuese una más entre aquellas mujeres ligeras de «cascos», coquetas y frívolas, que paseaban con cien chicos distintos y acababan por no casarse con ninguno. Si se había de quedar soltera, igual se quedaría, paseando con un millón de muchachos, que con ninguno.

Pero todo eso ya había pasado, ya formaba parte de la historia de otros tiempos.

Ahora acudían en Dixon cosas mucho más importantes y horribles de las que preocuparse.

Aunque en verdad, al menos aparentemente, David Keller no parecía excesivamente impresionado por lo del crimen cometido en la persona del periodista Peter Luger, ni tampoco por los vuelos nocturnos que un cadáver hacía a bordo de un hacha desde el cementerio hasta el caserón donde fuera asesinada aquella mujer de leyenda, llamada Josephine Escarten Castel-lo.

De leyenda, no.

Porque David Keller, con más razón que ningún otro miembro de la

familia, por ser el mayor, estaba perfectamente enterado de lo que había de realidad en aquella leyenda.

Una verdad horrible que podía mancillar para siempre el apellido de los Keller... una verdad que estaba empeñado a toda costa en que no trascendiera allende de las fronteras familiares; ignorante, claro, de que un detective de Chicago llamado Keith Kane, había sido impuesto de la verdad por su sobrina Donna.

David Keller tampoco quería pensar en que aquellas apariciones nocturnas sobre el cielo de Dixon y el asesinato del periodista, solo fueran el prólogo de una venganza destinada a exterminar a todos los Keller.

No, no quería pensarlo.

¿Por qué... si Josephine estaba muerta y su padre también?

¿Quién... había de querer vengar a una del otro si ambos no existían ya?

¡Y menos vengarlos con sangre inocente!

No...

No quería pensarlo por temor a que fuese realidad.

Y aquella mañana precisamente, entre los sobres de la correspondencia recibida, al abrir uno de ellos, David Keller... ¡obtuvo la confirmación a los temores en que no quería pensar!

Se trataba de una misiva escrita en tinta roja, que decía lo siguiente:

«David Keller:

»Tú y yo sabemos perfectamente lo que Robert H. Keller, tu padre, hizo conmigo. Ya ha muerto una persona, la cual no era en verdad objetivo de mi venganza... Pero como periodista, quiso saber demasiado. Mi objetivo sois vosotros, todos los que lleváis el apellido Keller. Pero... existe una forma de evitar que siga reinando el horror en Dixon y de evitar también que se derrame más sangre. ¿Qué forma? Esta: Que hoy a las doce de la noche subas tú al caserón para hablar conmigo. Yo te esperaré. Y si faltas... moriréis todos.

»*Josephine Escarten Castel-lo*».

David Keller tenía un concepto muy limitado del humor y supo inmediatamente que aquella nota no había surgido de manos de ningún bromista... ni tampoco de quien fingía firmarla.

Pero sí de las del vengador o vengadora.

Permaneció acodado en la mesa de su despacho, pensativo, durante un largo rato.

Aquello, en principio, imponía una reunión familiar. No.

Luego se dijo que no.

Hablaría solamente con su hermano Frankie, que era el más joven y el más decidido en aquellos casos que concernían a la familia; a los demás,

no conseguiría otra cosa que asustarlos.

Sin decir nada a su enfermera auxiliar, simplemente que se ausentaba, salió de la clínica.

CAPÍTULO VI

Frankie Keller era un hombre de 52 años que no aparentaba esa edad ni muchísimo menos. Parecía bastante más joven. Por su aspecto, por su dinamismo, por su decisión y carácter emprendedor. El, en el buen sentido de la palabra, había sido la «oveja negra» de su familia, al renunciar a la tradición por la medicina que seguían todos sus miembros. Había preferido otro tipo de lucha: había sentido la fiebre del comercio, la incertidumbre y el azar de los negocios; por eso había montado una magnífica factoría de juguetes electrónicos, la cual, con su esfuerzo y el de quienes habían colaborado con él, figuraba ahora a la cabecera de sus competidoras.

La fábrica de Frankie Keller, donde se construían verdaderas filigranas y obras de arte en juguetería, Servía pedidos a los cuatro puntos cardinales de la nación.

Frankie, era un hombre alto, recio, duro, de temple férreo, granítico — con el único «lunar» en su personalidad de ser débil y quebradizo frente a su hija Donna—, que, como nota vibrante o *sui generis*, lucía un espeso mostacho de anchas guías y tenía unos ojos penetrantes de color marrón oscuro.

Aquella mañana, como en tantas y tantas anteriores, Frankie Keller pisó el amplio y confortable despacho que tenía instalado en la fábrica, con el ánimo dispuesto y los labios sonrientes.

—Buenos días, señor Keller.

—¡Eli!... —exclamó Frankie—. ¿Qué sucede, Curtis? Por tu expresión diría que te ocurre algo malo. ¿Qué es ello? Si está en mi mano...

—No, no, señor Keller, no es a mí a quién le sucede nada malo.

—¿Entonces...?

—Pues... se trata de usted.

Frankie Keller se quedó boquiabierto.

Nada dijo.

Permaneció mirando con fijeza el rostro de su secretario particular y hombre de toda confianza. Curtis Carrigan, de un temperamento parecido al de Frankie —eso explicaba que ligasen a las mil maravillas—, era, en verdad, la mano derecha de aquel. El hombre fiel, eficiente, honrado, pundonoroso... una especie de eminencia gris de la empresa, que estaba pendiente de todo y al que en raras ocasiones se le escapaba algo. Carrigan era un hombre muy alto, de impresionante aspecto físico, aunque quizá por su excesiva altura parecía un tanto delgado. Excelente apariencia la de su rostro, normalmente desenfadado y jovial, con expresión afable y tranquila que se reflejaba siempre en la mirada de sus ojos gris claro...

excepto aquella mañana, desde luego.

Frankie Keller, tras la silenciosa pausa, inquirió:

—¿Y bien, Curtis, qué sucede?

El otro se mordió ligeramente el labio inferior. Murmuró:

—Verá... Entre la correspondencia de hoy he hallado esto —le tendió una cuartilla escrita en tinta roja, añadiendo—: En un principio he estado tentado de romperla, porque me ha parecido una broma de mal gusto, pero, como iba dirigida a usted, he creído mi obligación trasladársela como el resto de las cartas.

Frankie, intrigado, tomó la cuartilla.

Decía:

«Frankie Keller:

»Tú y yo sabemos perfectamente lo que Robert H. Keller, tu padre, hizo conmigo. Ya ha muerto una persona, la cual no era en verdad objetivo de mi venganza... Pero como periodista quiso saber demasiado. Mi objetivo sois vosotros, todos los que lleváis el apellido Keller. Pero... existe una forma de evitar que siga reinando el horror en Dixon y de evitar también que se derrame más sangre. ¿Qué forma? Esta: Que hoy a las doce de la noche subas tú al caserón para hablar conmigo. Yo te esperaré. Y si faltas... moriréis todos.

»*Josephine Escarten Castel-lo*».

La leyó dos veces.

Después, mirando con extraordinaria fijeza a su secretario y hombre de confianza, musitó:

—No, Curtis... No se trata de una broma de mal gusto. Esto... va muy en serio.

Curtis Carrigan mostró una expresión de genuino asombro.

—¡Pero...! —exclamó—. ¿Es que acaso va a creer que una persona muerta hace una montaña de años pueda andar escribiendo misivas?

Keller, pensativo, repuso:

—No... «ella», no. Pero... «alguien» que quiere vengarla, sí.

—¿Vengarla? ¿Quién? Josephine Escarten no tiene a nadie...

—Tiene un hijo, Curtis —le atajó Keller con expresión y voz sombrías—. Un hijo que no hemos sabido nunca dónde se encontraba ni dónde se encuentra. Yo... pensé en alguna ocasión hacer algo por él. Era... tú que conoces la realidad, como excepción no familiar, Curtis, creo que me comprenderás; era como una especie de cargo de conciencia por lo que un día hizo mi padre, era como querer remediar algo ya irreparable...

—Le entiendo perfectamente, señor Keller. Pero yo, en su caso, sigo opinando que no le daría importancia alguna a esa esquela.

No tuvo tiempo Frankie de rebatir los argumentos de su secretario,

porque en el interfono que tenía sobre la mesa de despacho se encendió una luz.

Y al instante anunció una voz femenina:

—Señor Keller, su hermano David desea verle.

—Que pase, Esther.

Y pasó de inmediato.

El viejo cirujano, al ver la cuartilla que su hermano sostenía en la diestra, se hizo enseguida una composición de lugar.

Exclamó:

—¡Bien... veo que no hará falta que te enseñe la mía!

—¿También tú has recibido una carta de cita?

—¡Ahá! A eso he venido. ¿Qué opinas de ello?

—En principio, que de los cuatro hermanos, solo tú y yo hemos recibido la nota. Y eso... me hace suponer que nos han elegido a nosotros dos por ser los que disponemos de más dinero.

—¿Sugieres la posibilidad de un chantaje? —inquirió el cirujano David Keller, dejándose caer en una silla del despacho.

—Sí. Por supuesto que sí.

—¿Pagarías?

Frankie dio un manotazo sobre la mesa violentamente.

—¡Cien, mil... un millón de chantajes pagaría antes de ver a mí hija muerta! ¡No hay opción, David!

—Estás... ¿estás decidido?

Soltó Frankie Keller una amarga risotada.

—¿Y quién no? Estoy decidido a subir al caserón y pactar con ese chantajista, sea quien sea, que se hace pasar por Josephine Escarten.

David se quedó lívido.

—¡Pero...! ¿Te has vuelto loco, Frankie? ¡Pueden arruinarnos!

—¿Prefieres ver a tu hija muerta, David?

Inclinó la cabeza el cirujano.

Y Curtis Carrigan, aprovechando el alto, un tanto violento por aquel conato de discusión familiar, dijo:

—Con su permiso, señor Keller, me reintegro a mis quehaceres.

—Sí... sí... —asintió Frankie—, como deseas, Curtis...

Y cuando el secretario hubo salido, agregó, dirigiéndose a su hermano:

—Yo, esta noche, subiré al caserón. Tú, David, ¿qué decides?

El cirujano, hundido, deshecho, con apariencia ahora de ser mucho más viejo de lo que en realidad era, suspiró:

—Sí... creo que tienes mucha razón, Frankie. Pero... soy partidario de no decir nada a los otros. Tampoco adelantaremos nada y les haremos padecer.

—En eso tienes tú la razón. De acuerdo, lo llevaremos en secreto.

David Keller se puso en pie.

Dijo, a guisa de despedida:

—Hasta la noche, hasta... Bueno, iba a decir un disparate. ¿Iremos en tu auto?

—Sí.

—Hasta la noche, pues.

Y se ausentó del despacho de su hermano con expresión y ademán francamente abatidos.

LA HIPNOSIS (I)

Mavis Keller, sin ser un adefesio, no podía decirse que hubiera recibido excesivos dones gentiles de la madre naturaleza.

Su prima Ruth, sin embargo... hija de Martín Keller, doctor en medicina general e interna—, pese a contar ya 40 años de edad, era una mujer hermosa.

Extraordinariamente hermosa.

Pero el exceso en una y la falta de belleza en otra, no era óbice para que ellas dos se quisieran con verdadero cariño, más que de primas, de hermanas.

Como otras muchas tardes, Ruth y Mavis, en casa de esta última, charlaban y se entretenían con labores en la estancia que denominaban cuarto de costura.

Estaban cosiendo, sentadas en un ancho y cómodo sofá, frente al grandísimo espejo de moldura, dorada, de preciosísima cornucopia, que colgaba de la pared frontera.

Por aquel, ambas al mismo tiempo, los vieron.

Dos círculos incandescentes.

Y no pudieron ya sustraer sus miradas de aquellos dos puntos tan ígneos, tan encendidos.

Una voz, que nunca supieron de dónde procedía, les dijo:

—Vosotras... queréis dormir. Vosotras... queréis dormir. Repetid conmigo: «Nosotras... queremos dormir»...

¡Y fue asombroso que ambas al unísono, olvidándose de sus labores, que cayeron al suelo al ver abandonadas por sus manos, echándose atrás, recitaron...!

—Nosotras... queremos dormir.

—Sí, queréis dormir —insistió aquella voz misteriosa y cálida, de matiz sádico—. Queréis dormir... Queréis dormir... Queréis dormir... Queréis dormir...

Y los dos círculos rojos, brillantes, incandescentes, encendidos como un par de llameantes hogueras, seguían reverberando en el monumental

espejo.

Un silencio y...

—Ruth, Mavis... ¿Verdad que estáis dormidas?

¡Sorprendentemente, estaban las dos con los ojos cerrados!

Pero aun así, los labios de ellas se entreabrieron para murmurar a un tiempo:

—Sí... Estamos dormidas...

—Pues bien, Ruth y Mavis... Esta noche subiréis al caserón donde fue muerta Josephine Escarten, subiréis a las doce en punto... subiréis para convertirlos en los brazos ejecutores de un cadáver que clama venganza. Subiréis...

Y la voz de matiz ígneo, sádico, espeluznante, siguió hablando, hablando, pronunciando inflexibles y monstruosas sentencias.

LA HIPNOSIS (II)

Habían dejado el auto muy cerca del caserón y proseguido a pie el resto del trayecto.

Como dos autómatas.

Ambas se detuvieron en seco.

A causa de un zumbido.

¿Un zumbido?

—Ha sido en el cementerio —pronunció Ruth.

—Sí —cabeceó Mavis.

Miraron a su izquierda, hacia la colina en donde se alzaba el cementerio de Dixon.

Aumentó el zumbido hasta convertirse en un ruido ensordecedor.

—¡Mira! —exclamó una.

¡Y señalaba el cuerpo espectral de una mujer montada en un hacha que había surgido del interior del camposanto y volaba en dirección a la casona!

—¡Es la bruja Josephine! —estalló la otra.

Y entonces... ambas sintieron que unas manos extrañas, de esqueléticos dedos, las empujaban violentamente hacia la puerta del caserón.

La puerta pareció abrirse desde dentro.

Y ellas, empujadas por aquellas garras tan mortales como invisibles, entraron.

En el justo instante en que el cercano campanario desgranaba las doce.

Oscuridad.

Avanzaron lentamente.

Nada.

Silencio y tinieblas.

¡Cloc! ¡Cloc! ¡Cloc! Cloc!

De repente, unos pasos que no eran los de ellas, resonaron con eco tétrico.

Y:

—¡Aaaaaaaah! —gritó la una.

—¡Aaaaaaaah! —aulló la otra.

Es que, surgiendo de la oscuridad como un lóbrego fantasma, una desvencijada mesa habíase interpuesto en su ciega trayectoria, haciéndolas gritar el inesperado contacto de la madera.

Una mesa.

¡Y dos hombres sentados a ella!

Pudieron verlos con cierta nitidez gracias a la luz que había brillado en un rincón de la alucinante y lúgubre estancia.

Frente a cada uno de los hombres... una silla sosteniendo una pistola.

Permanecieron unos instantes quietas, inmóviles, rígidas, como los hombres, que en una especie de estado de éxtasis, se hallaban sentados a la mesa.

Permanecieron quietas... hasta que en un ángulo de la estancia vieron brillar los mismos ojos incandescentes que vieran por la tarde a través del espejo.

Ellas avanzaron...

Pero los dos hombres permanecieron inmóviles.

Eran... ¡David y Frankie Keller!

—¡Papá! gritó Mavis de repente.

—Tío Frankie... tío David... —susurró Ruth.

Nada.

—No os esforcéis, mis queridos brazos ejecutores de venganza —habló de improviso una voz de matices espectrales, que surgía del mismo rincón en donde brillaban aquel par de ojos encamados—. No os esforcéis porque no os oyen. Ellos solo esperan... ¡que vosotras les matéis!

Se quedaron tíasas inmóviles.

Tinieblas.

Pero en medio de ellas se podía distinguir el bulto alto, erguido, como si hubiera nacido entre aquellas. El bulto que... ¡tenía ojos fosforescentes y hablaba!

Cubierto por un capa rojiza.

¡De color sangre! ¿O... manchada de sangre?

Solo un bulto, el color rojizo de su siniestra capa, y...

Sus ojos...

Su voz...

Era «él».

—Están esperando que vosotras les matéis.

Y... ¡ellas preguntaron!

—¿Con qué los matamos...?

—Tú, Ruth, ponte frente a tu tío David. Tú, Mavis, ponte frente a tu tío Frankie. En cada silla de las que hay delante... encontraréis una pistola. ¡Empuñadla!

Y... ¡obedecieron!

Ambas empuñaron la pistola correspondiente.

La pistola...

La voz de nuevo:

—Ahora, ahora... ¡matarles! ¡Hacedlo! ¡Yo os lo ordeno!

«El»... lo ordenaba.

Y ellas, tras unas fracciones de segundos en las que permanecieron inmóviles... ¡obedecieron de nuevo!

Y...

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Seis disparos.

Que repartidos equitativamente en tres y tres volaron las cabezas de Frankie y David Keller en pedazos.

De súbito, el bulto envuelto en una capa rojiza, pareció desdoblarse en dos, dejando surgir de su interior el cuerpo de una mujer... de una mujer horrible.

Piel arrugada. Ojos rojizos y viscosos. Dos agujeros, hechos con la punta de unas tijeras, por fosas nasales. Boca de rictus mefistofélico, satánico, horrendo, semicurvo, con labios rehinchados de color violeta intenso.

¡Era Josephine Escarten Castel-lo!

Y en aquel preciso instante se esfumó el personaje de la capa rojiza.

Y con él, el estado de hipnosis en que estaban sumidas ambas muchachas, las cuales, al percatarse de la magnitud de la tragedia que las rodeaba, estallaron en gritos infrahumanos, al tiempo que corrían enloquecidas sin saber hacia dónde.

Y sin cesar en sus alucinantes gritos:

—¡Aaaaaaag!

—¡Socorro!

CAPÍTULO VII

Cuando Keith Kane llegó a Dixon —en su cochazo «Buick-GS 400», color magenta subido, seis plazas, con cambio automático de tres velocidades, que alcanzaba fácilmente una velocidad de 200 km/h.—, el pueblo ascendido a ciudad estaba altamente revolucionado.

Como en plena fiesta mayor, pero por motivos bien dispares.

Frankie y David Keller habían sido asesinados.

Igual que el periodista Peter Luger.

Más lo verdaderamente asombroso, lo inconcebible, es que Mavis, Ruth y Donna Keller, espontáneamente, habíanse presentado ante el jefe de policía local, Silver Debry, declarándose culpables de los asesinatos de Frankie, David y Peter, respectivamente.

Y todo no terminaba en eso. Porque si el relato de las tres mujeres era sencillamente espeluznante; hacían conocer las más negras simas de lo escalofriante.

Keith Kane se enteró de todo cuando apenas llevaba una hora en Dixon.

Se dijo que las otras, al igual que Donna, en estado de hipnosis, habían sido obligadas a entregarse a la policía. Porque era incomprensible que Donna Keller hubiese acudido en busca de su ayuda para terminar entregándose a las autoridades.

La gente decía que eran tan brujas como Josephine.

Había comentarios para todos los gustos.

Keith Kane, sin pensarlo demasiado, luego de informarse dónde paraba la jefatura de policía, puso rumbo a ella.

Tenía que empezar evitando que se cometiera un error infrahumano.

No es que dudara de que ellas fuesen las asesinas; es que estaba seguro de que lo habían hecho bajo estado de hipnosis.

* * *

Lo recibió en su despacho el mismo Silver Debry.

Un tipo alto y macilento que tenía pinta de no ser excesivamente inteligente.

—Me llamo Keith Kane y soy detective privado con oficina abierta en Chicago.

—¿Y qué se le ofrece aquí? —preguntó grandilocuente el policía.

Keith le miró de través. Se acarició los cabellos y cruzó las piernas con cierta negligencia.

—Interesarme por una clienta que ayer vino a solicitar mis servicios.

—¿Una clienta? —se extrañó el otro—. ¿Y quién es ella?

Respondió el detective, deletreando y con énfasis:

—Donna Keller.

—¡Eh! ¿Qué diablos quiere decir?

—De momento, capitán Debry, solo quiero hablar con ella.

El capitán se puso en su terreno.

—Usted es detective, no abogado. Y Donna Keller está detenida por asesinato, según propia confesión de ella.

—¡Bobadas, capitán! Esa mujer ha declarado su culpabilidad, encontrándose bajo los efectos de un estado de hipnosis.

Silver Debry, que había vivido en pocos días demasiadas emociones juntas, se dijo que después de brujas con hacha y muertos a destajo, lo de la hipnosis pasaba de castaño oscuro.

Abrió un par de ojos como dos naranjas.

—¡Hipnosis! ¡Pero...! ¿Es que se ha vuelto loco, amigo?

Kane se le cuadró de improviso delante de la mesa.

—Estoy de lo más cuerdo que corre por ahí, «poli». Y mida las palabras, porque pese a su grado de «capi», soy muy capaz de darle en la boca. ¿Me entendió?

No hacía falta mucho carácter para «achantar» a Debry. De inmediato se dejó absorber por la personalidad del rubio detective, quien, percatándose de ello, insistió:

—Si quiere, capitán, iré a por un abogado. Pero le garantizo que si a alguna de esas chicas, en especial a Donna, les ocurre algo... yo le «cuelgo» a usted la chaqueta. ¿Queda claro?

—Bueno... esto... ¿solo quiere hablar con Donna? Porque si solo quiere hablar con ella no tengo...

—¡Vaya a buscarla y déjese ya de verborrea! He venido a Dixon... creo que con veinticuatro horas de retraso. ¡Y tengo que recuperarlas!

Salió de su despacho el capitán Silver Debry, y regresó al cabo de unos diez minutos.

Tras él entró Donna Keller.

Llevaba el mismo vestido que cuando había estado en la oficina de Keith Kane. Pero no hizo ademán alguno que demostrara que conocía al rabio detective.

El, sin preocuparse del policía, se le acercó.

—¡Eh... Donna! ¿No me recuerda? Ayer estuvo usted en mi oficina, solicitándome que la ayudara a... —miró a Debry, deteniéndose antes de hacer algún comentario trascendental— evitar el peligro que se cernía sobre su familia.

La bellísima mujer de cabello cobrizo y ojos ámbar, mirándole con extrañeza, balbució:

—¿Yo...? ¿En su oficina? Creo que está equivocado, señor.

El rabio pesquisa mordióse el labio inferior. Estalló:

—¡Me llamo Keith Kane! ¿De veras que no me recuerda, Donna?

—No.

—Bueno —intervino el capitán Debry—, se da cuenta, señor Kane —a Keith le gustó lo de «señor»—. Esta mujer no es la que usted busca. Debe haber una confusión de nombres o...

—¡Narices, capitán! Yo estoy muy cuerdo y esta mujer estuvo ayer en mi despacho. Lo que ocurre es que se encuentra en un trance hipnótico...

—¿Ya volvemos con el cuento de la hipnosis?

—Voy a demostrarle que no es ningún cuento, capitán.

—¿Cómo?

—¡Así!

Y tras de la exclamación, Keith empezó a soltar lacerantes bofetadas sobre el rostro de Donna Keller, hasta coloreárselo. Silver Debry, sorprendido e impresionado, no atinó a impedir la acción violenta e inesperada del detective.

Culminó con un directo a la mandíbula de la muchacha, que la mandó inconsciente sobre un sofá que había en la pared del fondo.

—¡Usted es un loco! —gritó el capitán, pasando a un estado de virulencia—. ¡Salga inmediatamente de Dixon o le encerraré para toda la vida!

Keith Kane, arreglándose el desordenado cabello, se encaró con el capitán, poniendo en las palabras que pronunció lo mejor de su arrolladora personalidad.

—Oiga, amigo Debry —anunció un tanto déspota—, he venido a Dixon para solucionar un asunto importante. He venido, sépalo y entiéndalo, para evitar que unas víctimas inocentes paguen por un retorcido criminal de instintos sádicos que ha planeado un terrible proyecto ¿entiende? Yo estoy aquí para aclarar esos crímenes y aclarar el por qué una resucitada vuela por las noches encima de un hacha. Ella... esa mujer que tiene ahí tendida, me lo pidió ayer en mi oficina, contratándome por un importe de veinticinco mil dólares. Pero ahora, después de lo que acabo de saber, aunque nadie me pague, investigaré este asunto... quiera usted o no quiera. ¿Está claro? Pues bien... empiece por ordenar a una de las farmacias del pueblo, inmediatamente, que le, faciliten una ampolla de pentotal sódico.

Debry, que estaba hundido en su butaca, solo acertó a preguntar:

—¿Se refiere al «suero de la verdad»?

—Exacto. ¡Pero muévase!

Descolgó el auricular del teléfono y marcó un número en el dial. Cinco minutos más tarde tenían en él despacho una ampolla de pentotal, jeringuilla y una hipodérmica.

—¿Qué piensa hacer, señor Kane? —inquirió el policía, mientras Keith manipulaba en la ampolla.

—Inyectarla.

—¿Para qué?

—Para que diga unas cuantas verdades libre del estado de hipnosis... unas cuantas verdades que a usted le conviene saber. Pero me interesa que las pronuncie ella para que usted no crea que yo las digo por decirlas; porque yo conozco la verdad de los hechos.

—¡Ah! ¿Y quién se la ha dicho?

—Ella misma. Ayer. En mi despacho.

—¡Ah...!

Silver Debry, delante de aquel desconocido de rubios cabellos y maneras hábiles y rápidas, estaba verdaderamente desconcertado.

No se atrevió a impedir una sola maniobra del detective.

Reconoció para sus adentros que era un hombre de gran capacidad e iniciativa.

Keith Kane, con la habilidad de un practicante, inyectó el líquido que de la ampolla había trasladado a la jeringuilla, despaciosamente, en una de las venas del brazo derecho de Donna.

Luego, en silencio, aguardó cinco minutos.

Le hizo señas al capitán de que se acercara, y con suaves bofetadas fue haciendo reaccionar a la mujer.

Ella abrió los ojos.

—¿Cómo se llama?

—Donna Keller.

—Donna... míreme fijamente y diga si me conoce. De ser así, diga también mi nombre.

—Sí, le conozco. Usted es un detective de Chicago llamado Keith Kane.

El rubio giró la cabeza hacia el capitán, dirigiéndole una mirada significativa y elocuente que equivalía a decir: «¿Se convence hora de que es cierto lo que le digo?»

Prosiguió el interrogatorio. Y Donna, bajo los efectos de la droga, repitió textualmente lo que le había dicho a él en su despacho. Silver Debry fue sorprendiéndose cada vez más. Y admirando al detective, por supuesto.

Interponiéndose en el diálogo, dijo:

—Nunca había visto a nadie proceder con la rapidez y soltura que usted, señor Kane.

—Pues aún no ha visto nada, capitán. Ahora, cambiando de rumbo el interrogatorio, voy a hacer unas preguntas, cuyas respuestas nos pueden ayudar mucho.

Tras una pausa de segundos, se inclinó sobre la muchacha, que permanecía tendida en el sofá, inquiriendo:

—¿Cómo distribuyó el testamento su abuelo Robert H. Keller, Donna?

—Por partes iguales entre sus tres hijos David, Martín y Frankie. A su hija Wanda, por ser mujer, le dejó tan solo una pensión mensual para que

pasara el resto de su vida, sin lujos, pero tampoco sin estrecheces económicas.

—De modo que los beneficiados, en realidad, fueron los varones, ¿verdad?

—Sí.

—Y qué ocurre ahora que han muerto David y Frankie Keller?

—Que sus partes del testamento, o aquello que sea fruto de haber invertido su parte correspondiente, pasa al hermano que resta con vida, quien, al mismo tiempo, se compromete a pasar una renta anual a las hijas de sus hermanos difuntos.

—Bien... es todo, Donna. Ahora, relájese. Trate de dormir... —Keith se apartó, indicando, al capitán con la mirada que hiciera lo propio.

Se sentaron uno a cada lado de la mesa de despacho de Silver Debry. Este anunció:

—Después de haber oído todo eso, créame que ya no sé por dónde navego. ¿Cuál es su hipótesis, señor Kane?

Sonrió el rubio.

—Podría darle varias, capitán. Pero eso no sería honrado. Lo que sí puedo decirle con toda sinceridad, es que la clave de este monumental enigma está o estriba, en saber lo que averiguó el periodista Peter Luger, y qué hizo que fuera asesinado por esta desgraciada en estado de hipnosis. Esa es la pista para llegar hasta el cerebro diabólico que ha preparado tan monstruosa obra. Yo, en su lugar, mantendría detenidas a estas mujeres, para su propia seguridad personal... pero no instruiría ningún expediente hasta ver en qué quedan mis investigaciones.

—¿Sugiere que confíe en un hombre al que no conozco y... que incluso podría ser ese cerebro diabólico?

El rubio y desenfadado Keith estalló en risotadas y dejó ir ofensivamente:

—¡No me sea imbécil, capitán! Lo que acaba de decir es del género bobo. ¿Crees que si yo fuera ese cerebro, me molestaría en venir desde Chicago para hacerle la demostración que acaba de ver? Tiene teléfono, ¿no? Pues póngase al habla con la chusma de sus colegas de Chicago y verifique mi personalidad.

Silver Debry se fue hundiendo en la butaca.

—No... no... no hace falta. Antes... esto, he bromeado, claro.

—Pues no sea tan bromista, ¿eh? Si quiere escucharme, dígallo. Si no, me largo.

—¡Le escucho, le escucho!

—Bien. Como le he dicho, yo mantendría a esas tres muchachas en el calabozo, haciendo creer a todo el mundo... para que lo crea también el verdadero instigador criminal, que son las asesinas, aunque se ignoran por el momento los motivos. Yo, entretanto, empezaré las investigaciones

oportunas en Dixon. Es posible que alguien se fije en mí... y es posible, incluso, que bajo el influjo hipnótico a que ha sido sometida, Donna le haya explicado ya a su hipnotizador lo que hizo ayer en Chicago. Es un riesgo que debo correr...

—¿Quiere que le ayude?

—¡No! —exclamó Keith, fingiendo un miedo de cariz ofensivo hacia el otro. Y agregó, sonriendo suavemente—: De la mejor manera que puede ayudarme es siguiendo mis instrucciones, ¿de acuerdo?

Silver Debry arreó un par de contundentes y convencido cabezazos.

Repuso:

—De acuerdo.

—Ya le comunicaré mis avances al respecto, capitán.

—Gracias. ¡Eh...! ¡No vacile en pedirme ayuda si la necesita!

Ya estaba Keith fuera del despacho, sin oír ni querer oír las últimas palabras del jefe de policía de Dixon.

CAPÍTULO VIII

Era un edificio antiguo, de una sola planta, situado en la esquina de una calle estrecha que decía llamarse Strip Street, con la Main Street (Calle Mayor) de la ciudad de Dixon.

Tenía dos grandes escaparates. Y en el cristal de cada uno de ellos, con antigua letra de caracteres góticos en color negro y entrecomillado, se leía: «*New Dixon Herald*».

Keith, tras dar una rápida ojeada, entró.

En el mostrador que corría paralelo a lo largo de toda la estancia, desierto, se tropezó con una mujer.

Soberbia.

Que tenía unos ojazos verdes que mareaban.

Le dedicó toda la atención que ella merecía.

Luego, pasándose la lengua por el borde de los labios, dijo:

—Oye, preciosidad, deseo hablar con el director. Dile de mi parte que está aquí Keith Kane, de Chicago. ¡Anda, ricura! Que me muero de ganas por verte por la retaguardia.

Ella, con un desparpajo que a Kane le cayó de maravillas, desgranó por su boquita deliciosa:

—Mi grosero amigo Keith Kane de Chicago... Estás hablando con el director del *New Dixon Herald*, Sheila Drake. ¿Qué se te ofrece?

¡Bonito director!

Nunca había visto otro igual. Con aquel busto pujante, vibrátil, erguido y lleno de vida que palpitaba dentro del estridente y ajustado suéter color gualda. Con aquel par de caderas rotundas y redondeadas, que la falda plisada de color azul eléctrico se encargaba de modelar, apretando además unos muslos prietos y rosados cuyos inicios quedaban al descubierto entre la falda y las botas de ante marrón.

¡Bonito director!

Sencillamente extraordinario.

Keith Kane le dedicó ahora muchísima más atención que al entrar.

Era muchísimo mejor que su «secre» Merle y que cuántas mujeres había visto en su vida.

¡Superior a lo supremo!

Y con aquel garbo y desparpajo.

—Pues chica, antes que nada, debo decirte que eres el director más maravilloso que he visto en toda mi existencia.

Ella, sentándose encima de una mesa con superficie inclinada, lo cual fue consecuencia de que la falda encogerá lo suyo y mostrara bastante

más, dijo:

—Se agradece el cumplido, pesquisa.

—¡Sopla! Y eres zahorí, ¿eh? ¿Quién te ha dicho que soy detective?

Rio argentinamente la bellísima Sheila.

—Un pajarito llamado *Chicago Herald*. Acostumbro a hojear la competencia, ¿sabes? Hace un par de meses ese periódico traía un artículo sobre ti con una gran fotografía tuya. Me gustaste, ¿sabes? Y nunca olvido la cara de un tipo que me ha caído bien.

—¡Ah...! ¿Y de cuerpo entero no te caigo mejor?

—Pese a tus chabacanerías y a lo fanfarrón que eres, puede.

El alzó la diestra como se hace ante un Tribunal para prestar juramento. Dijo:

—Prometo solemnemente ser más refinado y elegante. ¿Te complace?

—¡Hum! De puerco y de señor se ha de venir de cuna.

—O.K. ¿Y si habláramos en serio?

—Hablemos.

—Peter Luger...

Ella aleteó con rapidez sus largas y rizadas pestañas.

—¿Qué tienes tú que ver con Peter Luger, pesquisa?

—Nada, director. Pero tengo una curiosidad enorme por saber por qué lo mataron.

—Ya han detenido a la asesina.

—¡Bah! —rechazó él—. No me sirve —y agregó, muy intencionadamente—: Sé que ella lo mató, porque me lo confesó ayer en mi despacho y lo ha vuelto a hacer ahora, luego de ser inyectada con pentotal sódico. Pero es como... como si no fuera la asesina.

Sheila parpadeó otra vez.

—¡Eh... un momento! ¿Qué quieres decir con eso?

—La verdad. Que es como si no lo fuese, porque... porque cometió el crimen bajo un estado de hipnosis media.

—¡Ja! ¿De dónde sacas eso?

—Listo que es uno, prenda. Mira... como presiento que tú y yo vamos a ser grandes amigos y mejores colaboradores, vamos a hacer ahora mismo un trato.

Sonrió la muchacha burlonamente.

—Veamos...

—Yo Sheila, te prometo un sensacional artículo en exclusiva acerca de la verdad y la leyenda de Josephine Escarten Castel-lo; además, un reportaje completo acerca del porqué de esos crímenes, de quién es el verdadero instigador, y de los motivos que le han impulsado a construir ese gigantesco y monstruoso rompecabezas.

—Y... a cambio de tanta generosidad, ¿qué pides?

—Muy poca cosa, prenda. Que trates por todos los medios de

reconstruir los pasos de tu ex colega y compañero Luger durante las veinticuatro horas que precedieron al artículo que insertó en el periódico.

—¿Y qué adelantarás con eso?

—Descubrir al asesino, mí querido director. Porque, por si no lo sabías, Peter Luger fue asesinado por... porque descubrió la verdad y supo el nombre de la persona que se proponía poner en marcha esta empresa criminal.

Fue tan firme el acento que él puso en sus últimas palabras, que Sheila, impresionada, dejó de bromear. Preguntó, seria:

—¿Estás seguro?

—Completamente —y acto seguido, tendiéndole la diestra, inquirió—: ¿Hay trato?

—Lo hay.

Y la bella directora del *New Dixon Herald* cometió el gravísimo error de poner su manita tersa dentro de la que le tendía el detective, quien, pillándola por sorpresa y pese a que el mostrador los distanciaba, la atrajo hacia él y estampó en sus labios un sonoro beso.

Pero más sorprendido quedó Keith cuando, al separarse, ella le atrapó con ambas manos rodeándole la nuca y le atrajo para besarle a su libre albedrío, con mayor largueza aún.

Luego, jadeó:

—Ya había besado tus labios en el frío papel del periódico... pero esto ha valido mucho más. Hay trato, pesquisa.

El, sonriendo, con el sabor de sus labios en los suyos, musitó:

—No me cabe la menor duda de que eres una mujer de carácter. Acabo de pensar... que eres la mujer ideal para que uno cometa la estupidez de casarse. Y yo, solo pienso las cosas una vez.

—¿De veras?

—Palabra.

—¿Entonces...?

—Te vienes conmigo a Chicago cuando esto se acabe, y nos casamos nada más llegar; ¿te vale?

—O.K., fisgón, me vale.

—Pero ahora, actual director y futura esposa de un fisgón, preocúpate de lo que te he pedido. Volveré en cuanto les haga una visita a los Keller supervivientes.

—Okey, te esperaré con las noticias que tenga.

Otro beso... que dejó empuñecido al anterior. Salió, exhausto.

CAPÍTULO IX

Recordando las palabras de Donna Keller, respecto a que toda la familia residía en un edificio anexo a la clínica, dentro del mismo recinto, Keith Kane, a bordo de su magnífico «Buick-GS 400», no tuvo dificultad alguna en encontrar la verja que rodeaba a la Clínica Quirúrgica del Dr. Keller.

Se introdujo por un sendero de grava y arena que se iniciaba en la monumental puerta abierta en mitad de la verja de hierro forjado y que, serpenteando entre cuadros de césped, setos, arbustos y paneles de bien cuidadas flores, cruzaba por delante del ostentoso edificio de lo que era la clínica, yendo a morir, tras describir una amplia curva, frente al palacete que servía de residencia a los Keller.

Saltó a tierra, salvando de dos en dos las amplias escalinatas alfombradas que conducían desde el linde del sendero al porche, flanqueado este por dos gruesas y altas columnas de granito picado.

Llamó a la puerta, oprimiendo con largueza el zumbador.

Acudió a la llamada un tipo apergaminado que vestía de negro y traía puesta una corbata blanca de lazo con pecherín también blanco. Sin duda era el mayordomo.

—¿Qué desea?

Y Keith, en un amago de humor macabro, respondió:

—Ver a los Keller que quedan.

—Imposible —sentenció el estirado mayordomo—. Los señores Keller no reciben hoy a nadie.

Kane puso los brazos en jarras.

—Mire, amigo... —silabeó—, ellos podrán o no recibir visitas, pero a mí sí me van a recibir. Y en cuanto a usted, por su bien, le aconsejo que me lleve a presencia de ellos sin tan siquiera anunciarme... ¿Entendió? De lo contrario, le voy a sacudir un par de «leñazos» en esa cara de alpargata que tiene y se va a tragar unos cuantos molares y otros tantos incisivos. ¿Me siguió de cerca, amigo?

El mayordomo trató de ponerse en su sitio.

—¡No tolero sus impertinencias, caballero! ¡Haga el favor de marcharse inmediatamente!

—¿Sí...?

Y tras el «¿Sí...?» vino el primer «leñazo». Acto seguido, Keith lo atrapó por el gazonete, empujándolo vestíbulo adentro. Lo mantenía inmóvil al presionarle fuertemente sobre las vértebras cervicales.

Dijo:

—Andando, paisano. Tú marcas el camino. ¡Ah...! Y procura no

equivocarte. ¡En marcha!

¡Y vaya si marchó! Marcando el camino, desde luego, lo que se dice a la viva y pura fuerza. Cruzaron por debajo de una magnífica escalera alfombrada, con pasamanos dorado, que debía comunicar entre sí a los cuatro pisos. Por un pasillo alfombrado también, pasaron a otro más estrecho.

Puertas.

El mayordomo detuvo su engorroso caminar delante de una de ellas.

—Aquí están reunidos —dijo.

Keith, soltándolo, abrió la puerta sin molestarse en llamar.

Era un despacho regiamente amueblado.

—Buenas tardes, señoras y caballeros —saludó con su desenfado habitual el rubio detective.

Varios rostros se volvieron hacia él. Exactamente, cinco.

Todos se preguntaban quién era aquel desconocido que se atrevía a irrumpir tan groseramente en aquella reunión familiar.

El mismo los sacó de dudas, diciendo:

—Me llamo Keith Kane y soy detective privado con oficina abierta en Chicago. El año pasado estuve veraneando en Palm Beach, Miami, donde conocí a una linda muchacha llamada Donna Keller. Pasaba por Dixon y he querido visitarla... pero acabo de enterarme de todo lo terrible que ha sucedido. ¿Quién de ustedes es Martín Keller?

El hombre menudo, insignificante, que se hallaba sentado tras la mesa de despacho, se puso en pie unos segundos, diciendo:

—Yo soy... ¿Qué desea usted, señor Kane?

Y el aludido, con toda desfachatez, preguntó al mismo tiempo:

—¿Es que no va a presentarme?

Tosió.

—¡Ejem...! Esto... —señaló hacia una butaca, diciendo—: Mima Madison, mi esposa —Keith hizo una versallesca inclinación, y el otro, cambiando el índice de butaca, presentó—: Belinda Drayton, mi cuñada, esposa de Frankie Keller... su viuda y madre de Donna.

—Mucho gusto, y mi más sentido pésame, señora —dijo Kane.

—Mi hermana Wanda Keller.

—A sus pies, señorita —dijo Keith, recordando que Donna le había dicho que era soltera... y poco agraciada, cosa que estaba bien a la vista y de relieve, máxime ahora que vestía de luto riguroso.

Presentó al último de los reunidos, que era un hombre alto, fornido y macizo.

—El señor Curtis Carrigan, secretario particular de mi fallecido hermano Frankie y su hombre de confianza. Se encuentra reunido con nosotros porque es considerado como de la familia... y porque lo he llamado para designarle director accidental de la fábrica de juguetería

electrónica que era propiedad de Frankie.

—¡Ah... sí! Famosa fábrica la de su malogrado hermano —comentó Kane, adelantándose hacia el secretario para saludar—: Encantado, señor Carrigan.

—Es un placer —respondió el otro, mirando curiosamente al rubio Keith.

—Bueno... —el forastero dio un vistazo a su alrededor—, yo, señores, quería decirles que como detective que soy, trataré de hacer algo por ayudarles.

—Se lo agradecemos —anunció el doctor Keller—, pero ya nada podrá usted hacer. Lo sucedido está claro y es horrible. Los Keller nos hemos matado entre sí... las asesinas se han entregado a la policía y...

—¿Y usted puede asegurar que cometieron esos crímenes en perfecto estado de lucidez?

Martin Keller volvió a ponerse en pie. Con la palma de ambas manos apoyadas sobre la superficie de la mesa, inquirió:

—¿Qué quiere usted decir, señor Kane?

—Muy sencillo... que pudieron ser obligadas a cometer esos asesinatos.

—¡Es absurdo! —estalló Myrna Madison, la esposa de Martín, que también vestía de negro.

—¡Desde luego! —apoyó su marido.

—Pues yo no lo veo tan absurdo, señores. Y trataré de demostrarlo —miró fijamente al hombre que permanecía de pie tras el escritorio, diciendo con abierta intención—: Como también se me puede ocurrir demostrar que el instigador de esos crímenes se beneficiaba con ellos a través de una herencia...

—¡Señor Kane! —estalló Martín Keller, dándose por aludido de inmediato—. ¡Me está ofendiendo gravemente! Le ruego que abandone esta casa ahora mismo.

—Está en su derecho, doctor. Pero no olvide que volveremos a vernos —se inclinó un poco burlonamente delante de las mujeres, diciendo—: Señora, con permiso. Señor Carrigan, señor Keller...

Y salió del despacho con una extraña sonrisa en los labios.

El mayordomo se aprestó a dejarle vía libre. Y también a recibir la bronca que le daría el señor Keller por haber permitido la entrada de aquel individuo, dadas las circunstancias.

CAPÍTULO X

Keith estuvo casi una hora deambulando de un lado para otro, parando en bares y cantinas por un simple café o un *whisky*, aunque en realidad no hacía otra cosa que captar las diversas opiniones y comentarios que, hasta en el último rincón de Dixon, giraban alrededor de lo sucedido en el seno de la familia Keller.

No es que esperase captar noticia alguna de trascendencia, pero sí alguna palabra de aquellas imprevistas que luego tenían más importancia de la supuesta, a la hora de hacer balance de investigaciones.

Pero no puede decirse que tuviera demasiada suerte. Todo lo que oyó fueron chismes, disparates y leyendas fantasmagóricas que cada cual se amañaba a su manera.

Dirigióse finalmente hacia el punto donde confluían la Strip y la Main Street; o sea, al edificio de una planta con escaparates de cristal donde se ubicaban las oficinas, redacción... y todo lo del *New Dixon Herald*.

Entró.

—¡Hola, pesquisa! Llevo casi una hora aguardándote —fue el saludo que Sheila, con su sempiterno desparpajo, le dirigió.

—Lo celebro —dijo él, prendándose cada vez más de los maravillosos y cautivadores ojazos verdes que tenía aquella mujer—. ¿Algo nuevo respecto a lo que te he encargado?

Ella, sentándose encima de la mesa y abarcando las rodillas con ambas manos, recostó la cabeza, ladeada sobre aquellas, exclamando:

—¡Ahá!

—¿Y es...? —inquirió él.

Oteó la cabellera esponjosa, suelta, azul-negra de tan azabache, al mover ella la cabeza con fingida indiferencia.

—No creo que tenga mucha importancia, pesquisa. Peter, las veinticuatro horas que precedieron a su artículo sobre la bruja voladora, estuvo pendiente de la llegada de un telegrama.

—Un telegrama... ¿Y lo recibió?

—Creo que sí. Pero no sé lo que decía ni lo que hizo de él: ni siquiera llegué a verlo.

—¿Dónde está la oficina de telégrafos, mi precioso director?

Ella, de un gracioso mohín, se puso en pie.

—¿Te acompaño?

—O.K.

El edificio de telégrafos, remozado en su totalidad, tenía, no obstante, un resabio arcaico, cierta reminiscencia de vieja oficina del oeste... de aquellas donde la Western Union había instalado las primeras sucursales de telégrafos.

—Se encargan de la oficina Gus y Henrich —explicó Sheila antes de que entraran—. Son dos simpáticos vejetes. Uno hace el turno de la mañana y otro el de la tarde. No pondrán pegas, ya lo verás.

Entraron.

Era Gus un hombre de avanzada edad y raquítica apariencia, aunque de aspecto simpático y bondadoso, quien hacía el turno de la tarde.

—¡Hola, Sheila! —saludó alegremente—. ¿Qué se te ofrece?

—Mira, Gus, quiero presentarte... a un viejo conocido. ¡Hasta puede que me case con él! Este es Keith Kane, detective de Chicago. Keith, este Gus.

—Me alegra saludarle, amigo Keith. Los amigos de Sheila son mis amigos.

—Le plagio, Gus —repuso el rubio individuo. Y agregó—: Verá, yo quisiera hacerle unas preguntas relativas al fallecido periodista Peter Luger.

—¡Adelante, hágalas!

—Sheila me dijo que Luger, el día antes de su muerte, estuvo pendiente de un telegrama. ¿Podría decirme de dónde vino ese telegrama para Peter?

Se rascó la nuca.

—Bueno... —metió la mano debajo del mostrador sacando un viejo registro—, creo que sí. Esto... —empezó a pasar hojas y estuvo unos instantes en silencio, hasta que exclamó—: ¡Ya lo tengo! El telegrama... procedía de... de Elgin, localidad del Estado de Tejas.

Keith se quedó pensativo y sorprendido. Pellizcóse el labio inferior. De súbito, inquirió:

—Gus... ¿podría decirme si Peter Luger envió con anterioridad algún telegrama que provocara la llegada del otro?

El vejete se pellizcó la barbilla.

—A ver, a ver... ¡espere, creo que sí! ¿Dónde diablos para el otro registro? ¡Ahá! Aquí está. ¡Ya lo tengo! Yo y... bueno, Henrich y yo, registramos cuidadosamente las entradas y salidas. Mire: Peter Luger envió un telegrama al Registro Civil de Elgin, localidad del estado de Tejas. Eso es todo.

Keith Kane, observado por Sheila y Gus, volvió a quedarse pensativo.

Por su cabeza vagaba un anagrama suelto. Una palabra que le faltaba para coordinar todo aquello. Para darle forma y lógica... para saber por qué había enviado un telegrama Peter Luger al Registro Civil de una localidad de Tejas llamada Elgin.

Se mordió el labio inferior con fuerza. Tratando de espolear su

pensamiento. Elgin... Elgin... Elgin... Elgin...

De repente.

¡Se acordó de repente!

Como si hubiera brillado una potente luz en el interior de su cerebro. Así se acordó de:

«... hombre con un prestigio como cirujano y una posición social que defender a toda costa, le arrebató el niño a la madre entregándolo a un matrimonio sin hijos que estaba de paso en Dixon camino de Elgin».

¡Eran palabras de la explicación que Donna Keller le había hecho!

Su abuelo, después de arrebatarse a Josephine Escarten el hijo ilegítimo que ambos habían tenido, lo entregó a una familia que iba de camino a Elgin. ¡Y él había pensado en el Elgin ciudad de Illinois! Pero había otro Elgin en la geografía estadounidense... una pequeña localidad de Tejas, con apenas cuatro mil habitantes.

Y Luger... había sido asesinado por recibir un telegrama de Elgin, con el que pensaba desenmascarar al diabólico cerebro. Pero había cometido el error de subir al caserón, de dejarse hipnotizar y dejarse matar por una Donna Keller también hipnotizada.

¡Ya sabía Keith Kane lo que Luger había preguntado en su telegrama al Registro Civil de Elgin!

¡Ya lo sabía! ¡Y era la clave!

—¡Sopla! —exclamó en voz alta, sin darse cuenta—. ¡Si ya lo tengo!

Gus, sin entender una palabra, arqueó sus calvas cejas.

Sheila, que sí entendía algo, preguntó:

—¿Qué es lo que tienes, pesquiza?

—Luego hablaremos. Ahora... voy a enviar un telegrama al Registro Civil de Elgin, estado de Tejas.

—¿Qué...? —estalló ella, asombrada.

El rubio y despreocupado Kane, exprofeso, como si no la oyera, se dirigió al encargado de telégrafos, pidiendo:

—¿Quiere darme un impreso de telegrama?

—¡Sí, naturalmente! —y lo alcanzó de una alacena situada bajo el mostrador y se lo tendió al detective.

Keith, con su estilográfica, evitando que la curiosa periodista pudiera leer el texto, lo rellenó, entregándolo después a Gus mientras que ella estiraba las manos, tratando de atrapar el impreso.

—¡Déjame... déjame verlo!

—Hazte a la idea que es fruta del árbol prohibido. ¿Recuerdas lo que les ocurrió a nuestros primeros padres?

—¡Sátiro! ¡Malvado! Luego de que te ayudo...

—¿Has pensado tú el texto del telegrama, princesa?

—Bueno...

—Un dólar cuarenta —dijo el simpático Gus.

—Tome —Keith le entregó un billete de cinco dólares, regalándole la vuelta. Y dijo—: Cuando llegue la respuesta, guárdela usted. Yo, mañana por la mañana, a primera hora, pasaré a recogerla.

—De acuerdo.

—Gracias, Gus.

—¡Bah! No se merecen.

La pareja salió a la calle.

—¡Keith... dime inmediatamente lo que has puesto en ese telegrama!

Rio él, sibilino.

—Mañana.

—¡Me las pagarás! ¡Por estas...!

Sin aparentar que le hacía demasiado caso, cambió Keith el rumbo de la conversación, preguntando:

—¿Puedes indicarme un buen hotel? ¡Ah...! ¿Tenéis en Dixon hoteles... o solo fonduchos?

Ella, pizpireta, aleteando sus pestañas, repuso con encendida mirada de sus ojos verdes:

—Podría invitarte a mí apartamento, claro. Pero... ¿qué diría la gente? ¡Oh, qué horror, no quiero ni pensarlo! ¡Ni imaginar sus malévolos comentarios! ¡Sola toda la noche con un desconocido en casa!

—Corre ese riesgo, prenda... —le susurró él al oído, volviendo la cabeza e inclinándose—. La gente de Dixon está muy ocupada con los crímenes y las brujas que vuelan sobre un hacha. No creo que tengan tiempo de preocuparse por los desconocidos que la repórter del pueblo... ¡perdón! de la ciudad, mete en su casa. ¿Vengo?

Sheila recostó la cabeza contra su hombro. Dijo:

—Vienes.

CAPÍTULO XI

El apartamento de Sheila Drake, ubicado en uno de los edificios más altos y modernos de Dixon, era una auténtica monería.

Flotaba en el ámbito un tenue y sutil perfume embriagador.

Una delicia.

Todo el apartamento de Sheila era una pura y cautivadora delicia.

Desde el vestíbulo hasta el *living*, todo...

Y era acogedor, íntimo.

Espléndida complicidad la de aquel lugar para el amor.

Ella, Sheila, se había cambiado de indumentaria.

Y ahora, si cabe, estaba mucho más bonita. Al menos, así se lo pareció a Keith Kane.

Una blusa de gasa de color rojo, brillante, translúcida, negligentemente anudada sobre el pantalón de látex negro, ceñido como una maravillosa cárcel de tela, que ponía de relieve el molde escultural de sus muslos, piernas y caderas.

Evolucionó la de los ojos verdes por el *living*, como una gacela en el monte, ágilmente, por delante de él.

¡Primorosa!

¡Sencillamente primorosa!

—¡Estás magnífica, encanto!

—¿Sientes lo que dices?

—Ven...

—No...

Quiso huir, pero él, lleno también de felina elasticidad, la atrapó por la cintura haciéndola girar.

La miró al fondo de aquellos enormes y vivos ojazos verdes.

—Te he dicho que vengas.

—¿Sí...?

Ella coqueteaba graciosa y pícaramente.

Hasta que los labios de Keith Kane impactaron sobre los suyos como una auténtica explosión de toneladas de TNT.

Fue un beso prolongado.

Y de súbito, Sheila se zafó, corriendo con gracia y picardía hacia la puerta de la cocina. Giró, ya en el umbral, y balanceándose sobre la puntera de sus pies calzados con unas menudas toreras rojas y negras, dijo:

—Solo cinco minutos, cariño, y estoy otra vez contigo. ¿Por qué no preparas unos martinis bien secos para antes de la cena?

Keith se dijo que era lo más hermoso que había visto.

Sonrió.

—Okay.

Sheila entró en la cocina.

Y el rubio Keith Kane, sin borrar la sonrisa de sus labios, dirigióse al mueble-bar. Abriendo uno de los compartimentos, extrajo un par de vasos. De otro, las botellas. Un tercio de Cinzano Dry y dos tercios de Gilbey's Gin, con las correspondientes aceitunas y unas gotas de marrasquino, dejaron los martinis listos... y bien secos.

Keith dejóse caer en una confortable butaquita.

Donna Keller vino con, fuerza arrolladora a su pensamiento. Y los horribles crímenes. Pensó que si la respuesta del telegrama era la que suponía, podría solucionar aquel difícil caso en poco tiempo; ¿lo sería? De lo contrario, tendría que encaminar sus investigaciones por otros derroteros.

Abrióse la puerta de la cocina y Sheila salió llevando un plato en cada mano.

—¡Ya estoy aquí, pesquisa!

—¡Ahá... y no podrás impedir que te bese a discreción!

—¡Ahora no, Keith! ¡Se me caerán los platos...!

No le hizo caso y salió a cortarle el camino. Y no tuvo la menor dificultad en atazarla por la cintura y besarla largamente... sin que los platos se cayeran.

Luego, la dejó.

Tomaron los martinis. Pasaron al improvisado comedor que ella había preparado en el balcón-terraza.

Fue una cena agradabilísima.

Emparedados de jamón york y queso, «aliñados» con besos y suaves caricias.

Embriagador.

Se hizo tarde.

—Es hora de dormir, ¿no crees, Keith?

—Sí, creo.

—¡Eh...! Sin malas interpretaciones.

—¡Naturalmente! —estalló él, fingiendo escándalo—. ¿Por quién me tomas?

—Por el sinvergüenza que eres, Keith Kane.

—Okay —inclinó él la cabeza.

Le preparó ella para él una linda y pequeña habitación en la que había una cama-plegatín que se convertía en sofá corrido.

Beso.

—Que descanses, Keith... —jadeó ella.

Beso.

—Pensaré en ti, Sheila. Buenas noches.

Beso... y al fin se separaron.

CAPÍTULO XII

Se despertó bruscamente.

Parpadeó.

Tenía la extraña sensación de que había dejado de estar solo en la habitación.

¿Quién...?

Abrió los ojos, despierto por completo. Alerta los sentidos. Esfumado el sueño de su mente como por arte de birlibirloque.

Acostumbró la mirada a la oscuridad... ¡Y entonces lo vio!

Muy cerca del suyo, un rostro horrendo, espectral, infrahumano, que le miraba con un rictus sádico que trataba de ser diabólica sonrisa.

Un rostro... ojos rojizos y viscosos; dos agujeros, hechos con la punta de unas tijeras, a modo de nariz; boca de rictus horrendo, ahora diabólicamente sonriente, de labios rehinchados color violeta intenso.

No hizo falta pensarlo demasiado.

Keith supo de inmediato que aquel era el rostro que la leyenda le atribuía a Josephine Escarten Castel-lo antes de que le vendiera su alma a «él».

Un rostro sencillamente horrendo.

—¡Maldito... vas a morir!

Y centelleó algo en el aire.

¡El filo de mi hacha!

Keith, viéndolo venir hacia su cabeza, fue a dar un salto.

Pero un par de círculos rojizos que se clavaron en sus ojos le impidieron todo movimiento.

Y una voz dijo:

—No te muevas, Keith Kane. Tú... no deseas moverte. Tú... solo quieres estar tendido en la cama. Tú... vas a esperar la muerte resignadamente. Tú... ¡vas a morir!

Keith Kane... ¡estaba inmóvil! Aquel par de círculos rojizos, incomprensiblemente... ¡se habían adueñado de su voluntad!

Mientras... ¡el filo del hacha descendía!

Con estudiada lentitud. Consciente quien la empuñaba de que la víctima no iba a oponer resistencia.

Keith, a una milésima de milímetro del filo acerado, a una milésima de segundo de la muerte, tuvo un fragmento, una fibra de lucidez. Un chispazo intuitivo que le advirtió del mortal peligro y de su abandonada voluntad.

Cerró los ojos.

Y entonces aquella voz sádica, repitió con matiz vibrante:

—¡No... tú no deseas moverte! ¡Tú quieres estar quieto! ¡No deseas moverte... no te muevas!

Pero mantuvo los ojos cerrados y apretados con fuerza.

Una sola fracción de segundo.

Impuesto de que el hacha descendía.

¡Craaaasck!

Y solo el aire del hachazo aleteó el cuerpo que de un ágil e inesperado brinco había saltado de la cama.

Rodó por tierra, seguido de quien empuñaba el hacha. ¡Craaaasck!

Un giro vertiginoso le apartó de la trayectoria mortal que por milímetros no partió su cuerpo en dos. ¡Craaaasck!

Otro giro. Y esta vez chocó con la puerta.

¡No podía seguir rodando!

¡Y el hacha se le venía encima!

No le dio tiempo a descender. Keith Kane, aunando sus energías, haciendo acopio de toda su felina elasticidad, salió proyectado hacia delante, como un obús, impactando la suela de los zapatos sobre el horrendo rostro de la mujer que empuñaba el arma.

Trastabilló ella y el hacha cayó al suelo, sonando macabra y sonoramente.

¡Gongggg!

—¡Vámonos, Josephine! —gritó la voz del cuerpo que poseía los ojos encendidos—. ¡No es susceptible a la hipnosis! ¡Vámonos!

En aquel instante, el rubio detective iniciaba otro salto hacia delante. Pero la mujer alcanzó antes la puerta, saliendo después, cuando su misterioso compañero lo había hecho ya, y la cerró violentamente. Se corrió una llave por fuera.

—¡Maldita sea! —se lamentó Kane—. ¿Quién diablos habrá dejado la llave al otro lado?

Pronto comprendió que sus enigmáticos y diabólicos visitantes, en prevención de una huida como la que habían tenido que efectuar, habíanse encargado antes que nada, mientras él dormía, de pasar la llave al otro lado de la cerradura.

Pero Sheila, despertada por el ruido y las voces, no tardó en llegar. Abrió.

Tras Keith, en el suelo, vio la enorme hacha.

—¡Aaaaag!

Estuvo en un tris de desmayarse.

—Tranquila, muñeca... —Keith le acarició las mejillas, los cabellos y le besó suavemente la frente—. Ya todo ha pasado. Han sido una pareja de bromistas que querían darme miedo.

—¡Keith...! ¡Han estado a punto de asesinarte! ¿No es cierto?

—Sí, es cierto... ¿Por qué no me ayudas a olvidarlo?

Ella soltó un respingo.

—¡Keith...!

Un beso.

Después, largo y prolongado silencio.

CAPÍTULO XIII

A la mañana siguiente, Keith Kane se plantó casi antes de que abrieran en la oficina de Telégrafos.

Le atendió el simpático Gus, diciendo:

—Ya iba a preparar una nota para mí compañero Henrich, por si venía usted. Tenga... —le tendió un pequeño rectángulo de papel verdoso—, el telegrama que usted esperaba. Llegó a última hora de la noche.

Keith, recogéndolo, musitó:

—Gracias, Gus.

Y acto seguido lo abrió con dedos nerviosos.

Lo leyó ávidamente.

Sí... ¡Era lo que esperaba!

¡La clave!

Que aun esperada e intuida, no dejaba por ello de ser sorprendente.

Tras darle una muy buena propina al simpático vejete encargado de la oficina, salió de Telégrafos rumbo a la redacción del *New Dixon Herald*.

Había gente trabajando.

Pero él pasó directamente al despacho de Sheila.

—¡Hola, monísima!

—¡Vaya...! Sí que vienes alegre, ¿eh?

Sonrió el rubio y apuesto detective. Dijo:

—No hay para menos —Y tras una pausa de aire y silencio enigmáticos, inquirió—: ¿Cuánto tardarás en tener lista una edición especial?

Desorbitó ella los verdes ojos.

—¡Eh... un momento! ¿A qué viene eso, pesquisa?

—A nada, a nada —repuso él sin darle importancia. Añadió—: Quiero que insertes en primera plana de esa edición especial el artículo que yo mismo redactaré.

—¡Tú! ¿Un artículo? ¿Para qué?

—Para que el espectro de una bruja llamada Josephine Escarten Castello sepa que la desafío a que esta noche nos veamos en el caserón.

—¡Estás como una auténtica cabra!

—Puede... ¿Cuánto me has dicho que tardarás en tener lista esa edición especial?

La mujer de los maravillosos ojos dejó huir un suspiro de resignación por entre sus rojos y encendidos labios.

—¡Qué tendrás...! —exclamó— ¡que siempre te sales con la tuya!

—«Algo».

—Okay, pesquisa. A las tres de la tarde estará esa edición en la calle.

¿El artículo?

—Dame papel y pluma, linda.

Se los dio.

* * *

¡La que se armó en Dixon!

¡La que se armó cuando leyeron sus ciudadanos el artículo insertado en primera plana, a grandes caracteres, de la edición especial lanzada por el *New Dixon Herald* a las tres en punto de la tarde!

Un auténtico artículo sensacionalista, encabezado así:

«¡DESAFIO A LA BRUJA JOSEPHINE!»

Y tras el explosivo título:

«Yo, Keith Kane, incrédulo detective de Chicago llegado accidentalmente a Dixon... ¡desafío a la “bruja fea o guapa”, Josephine Escarten Castel-lo, a que esta noche me vea en el caserón donde fue muerta por Delano Manning! Yo, al igual que su asesino, me burlo de sus predicciones, de ella, de su resurrección, de sus vuelos... de toda su fantasmal falsedad y, si se atreve a acudir a mí cita, le garantizo a ella y a todo el pueblo de Dixon que acabaré de una vez para siempre con la bruja y su maldita leyenda.

»¿Te atreverás a venir, Josephine Escarten Castel-lo?»

Todos dijeron que era un loco suicida.

Sheila también lo dijo; lo exclamó:

—¡Eres un poco suicida!

—Puede... Pero creo saber muy bien lo que me llevo entre manos. Ellos... están enterados de que yo conozco la verdad y no van a tener más remedio que tratar de asesinarme como lo han hecho esta noche. Pero esta vez, con la diferencia de que las ventajas estarán de mi parte.

Ella insistió:

—¡No debes ir, Keith!

—No iré... si es al caserón a lo que te refieres.

Se sorprendió Sheila.

—Entonces... ¿por qué el desafío?

—Para confiarlos. Porque pienso ir... pero al cementerio, a contemplar como Josephine Escarten Castel-lo sale de su tumba montada en un hacha.

—¡Estás loco, Keith! ¡Te matarán como a los otros!

—¿Quién sabe, linda? Y ahora... ¿quieres escucharme?

—Sí...

Después de que Keith Kane hubiese hablado por espacio de media hora,

Sheila se dijo para sus adentros que no estaba lo loco que parecía ni era tampoco un suicida que se jugara la vida sin garantías.

—Esto... —dijo finalmente— es el principio del artículo en exclusiva que te prometí. Esta noche tendrás el resto.

CAPÍTULO XIV

Pronto se encontró abordando la larga y baja tapia que rebordeaba, en lo alto de la colina, el único cementerio de Dixon.

El sonido típico de los picos y palas atacando la tierra blanda le llegó desde más allá de la pared. Era un ruido que se repetía con cierta frecuencia en los «cementeros cada vez que se enterraba a un muerto.

Pero ahora, a las 23.55 horas de la noche, a tan avanzada hora de la noche había que hacer la salvedad de que no enterraban a nadie en ningún cementerio.

Keith, no obstante, prosiguió adelante sin impresionarse lo más mínimo.

El camposanto tenía un aspecto sepulcral, solitario y frío a la luz de la luna. Las verjas de hierro chirriaron cuando las abrió para entrar. Hizo desfilas en semicírculo el haz luminoso de su linterna y...

¡Ploc! ¡Ploc!

Las paletadas.

Dirigió el cono luminoso hacia el lugar de donde brotaba el ruido.

Apenas si pudo divisar las cabezas y los hombros de dos bultos que se perdían espectralmente en la oscuridad de la necrópolis. Pero sí vio con claridad las paletadas de tierra amontonadas en dos montículos de feo aspecto a cada lado de la rectangular fosa... ¡abierta!

Había algo más.

Un ataúd de pino estaba colocado de través, sobre uno de los montículos de tierra, como si fuera a ser lanzado hacia el interior de la tumba. Keith Kane, lentamente, adoptando ciertas precauciones, se acercó al lugar y enfocó su linterna hacia el interior de la oblonga caja. El hecho de hallarla vacía resultaba todavía más sobrecogedor que si la hubiese encontrado ocupada por un esqueleto calcinado. Había una etiqueta en la caja, colgando de una presilla de metal. El viento ululaba siniestramente en el interior del camposanto y agitaba la etiqueta cuando Keith Kane la cogió para enfocar sobre ella la linterna.

Garrapateadas a través del papel, con una letra inglesa y desigual, se veían las letras... «JOSEPHINE ESCARTEN CASTEL-LO. 1898-1921».

Sonó en aquel instante la primera campanada de las doce y, coincidiendo con ella, dejóse oír un zumbido en el interior de la necrópolis. Keith, de inmediato, alzó la linterna. Pero no lo hizo falta para divisar aquel objeto que, surgido de un oscuro rincón del cementerio, se elevaba hacia el cielo.

¡Era una mujer montada en un hacha!

Pero al rabio detective, en lugar de impresionarle, le hizo sonreír. Sonreír, sí. Porque él sabía, y ahora lo estaba viendo con toda claridad, que se trataba de... un gigantesco juguete electrónico movido a distancia por un control remoto, construido en plástico y aluminio, recubierto de pintura fosforescente, con una figura del mismo material simulando el cuerpo de una mujer de rostro horrendo.

Keith, como si intuyera la presencia de alguien, o simplemente para expresar sus pensamientos en voz alta, exclamó:

—¡Bravo por la exhibición!

—¡Bravo por su muerte, amigo Kane! —exclamó de inmediato otra voz a su espalda, al tiempo que algo duro, frío y cilíndrico, hurgaba significativamente en su costado derecho. Y agregó—: Suelte la linterna y no se mueva, detective.

Obedeció al instante y dijo:

—Todo cuanto intente hacer, es inútil amigo. Sé la verdad. La diabólica mascarada criminal que ha organizado toca ya a su fin. Conozco su identidad como usted la mía...

—¿De veras? —le preguntaron con sadismo.

—¡Ya lo creo...! Esta mañana he recibido un telegrama del Registro Civil de Elgin, Tejas, en el que se dice que en el año 1920 fue legalizada la adopción de un niño por el matrimonio Pat Carrigan y Lorna Kreiw... al que le fue impuesto el nombre de Curtis Carrigan Kreiw. ¿Satisfecho, secretario particular y hombre de confianza del difunto Frankie Keller? ¿Satisfecho... hijo de Robert H. Keller y Josephine Escarten Castel-lo?

—¡Calla, perro! —aulló el que estaba a su espalda—. ¡No te tolero ni que la menciones!

Intervino en aquel instante otra voz. Femenina esta. Exclamando:

—¡Quieto, Curtis! ¡No lo mates todavía! Quiero saber si el inteligentísimo detective Kane también conoce mi identidad... ¡la identidad de la bruja voladora! ¿Me conoce, señor Kane?

—Aunque solo la he visto una vez y fugazmente —repuso el aludido con tranquilidad y enorme sangre fría—, mis deducciones me impulsan a suponer que la persona que resucitó a la difunta Josephine Escarten... no es otra que Wanda Keller. Sí, la solterona hermanita de Frankie, Martin y David. ¿Me equivoco?

—¡No, maldito! ¡Vuélvete! ¡Pero al menor movimiento anómalo... mueres!

Giró, despacio, procurando mantener las manos alejadas del cuerpo. Se encontró con Curtis Carrigan, el hombre de los ojos fosforescentes, y con Wanda Keller. Ambos empuñaban sendas pistolas automáticas.

—¡Vaya...! —exclamó el detective burlonamente—. ¡La bruja se ha vestido de mujer! ¿Cómo es que no trae puesta esa mascarilla deforme que reproduce el rostro que la leyenda le atribuye a Josephine Escarten?

—Porque como estás sentenciado a muerte... ¡poco importa lo que descubras!

—¿Descubrir... dice? Ya no me queda nada por descubrir, bruja de opereta. Lo sé absolutamente todo.

—¿De veras? —preguntó con sádico matiz y espeluznante sonrisa, descubriendo unos dientes muy blancos que refulgieron espectralmente en la oscuridad de la necrópolis, Wanda Keller.

—¿Quiere que se lo demuestre?

—¡No perdamos tiempo! —exclamó el altísimo Curtis Carrigan—. ¡Matémosle!

—¡Espera, imbécil! —gritó la sardónica mujer. Y con acento mefistofélico, dirigiéndose al detective, le incitó—: Demuéstramelo.

—Okay, Wanda Keller. Usted aprendió a odiar profundamente en el mismo instante en que se dio lectura al testamento de su padre. ¡Todo lo legaba a sus hermanos! Para usted, solo una modesta pensión. Odió con todas las fuerzas de su alma a su difunto padre, a sus hermanos, a sus sobrinas... aquellas chicas que podían permitirse toda clase de caprichos. ¡Los odió a muerte a todos! Y se juró a sí misma que tomaría una venganza cruel y diabólica.

»Fue entonces cuando se le ocurrió localizar al hijo de su padre y de Josephine Escarten, a su hermano Curtis Carrigan Kreiw, explicándole la verdad sobre su nacimiento y la verdad sobre la infamia cometida en su madre, asegurándole que sería partícipe de una venganza más infame todavía. Lo introdujo en el seno de los Keller como secretario y ayudante de su hermano Frankie, lo cual, es obvio, no debió resultarle demasiado difícil. Curtis y usted, Wanda, estudiaron detenidamente los pormenores de la monstruosa venganza que se proponían llevar a cabo: las Keller matando a los Keller... ¡sería algo maravilloso! ¿Verdad? Usted le enseñó a Curtis cómo desarrollar las dotes magnéticas que todo individuo lleva dentro, a base de unos tratados de sicoanálisis, para que luego, al igual que usted, pudiera hacer servir esas dotes magnéticas para sumir a las víctimas en un estado de hipnosis más o menos profunda. ¡Ah...! debo reconocer que fue una idea genial lo del juguete en forma de hacha con una figura montada; desde lejos, parece talmente una mujer de verdad... Imagino que funciona por el mismo sistema que los aviones de aeromodelismo, ¿no? ¡Pero ya sé que está perfeccionado y alcanza en su vuelo corto una altura muy superior a la de aquellos! Genial idea, sí, que pondría a Dixon como auténtico hervidero, que desconcertaría a propios y extraños y haría pensar a más de uno en la ya olvidada leyenda de la bruja Josephine Escarten... de la pretendida bruja.

»El resto del proyecto era diabólicamente sencillo. Usted, Wanda, se encargaba de hacer entrar en trance de hipnosis a las víctimas propiciatorias, en su misma casa, para que luego acudieran al caserón en

donde Carrigan, con sus ojos protegidos por unas lentillas de contacto rojas, se encargaba de reavivar o estimular el estado hipnótico, transformándolo en medio o profundo.

Luego, los crímenes. Y por último aparecía usted, con el rostro cubierto por la infernal mascarilla. Más tarde, obligarían a las forzadas asesinas a entregarse a la policía. Este era el plan de venganza. Destrozar a la familia Keller haciendo de parte de ella un grupo de verdugos y de la otra parte un grupo de cadáveres.

Tras una corta pausa, terminó Keith:

—Pero no entraba en sus cálculos el que Donna se fuese a Chicago en busca de un detective privado, al que impuso de toda la verdad; no contaban con mi presencia y mucho menos con que me bastaran dos días para desenmascarar el proyecto que a ustedes les había llevado meses estructurar. Mi labor, lo reconozco, ha sido sencilla. «Olfato», que le llamamos en el oficio. Supe intuir que la clave del enigma estaba en la muerte del individuo que no llevaba el apellido Keller. ¿Por qué lo habían asesinado? Sencillamente: porque llegó a saber demasiado, porque descubrió la verdadera identidad de Curtis Carrigan. Yo me he limitado a seguir la pista que dejó Peter Luger. El resto bastaba con intuirlo. ¿Satisfecha, señora bruja vestida de mujer?

—¡Satisfecha de matarte, repugnante bastardo! ¡Muereeee!

Fue a apretar el gatillo. Y fue también el instante elegido por una nueva voz para intervenir, vibrante, en el ámbito silencioso y lúgubre del cementerio, desgranando la siguiente orden:

—¡Alto! ¡Tiren las armas! ¡Pongan las manos arriba!

Era el jefe de, policía, Silver Debry, llegado al cementerio a instancias de la periodista Sheila Drake, quien, sobrecogida, había permanecido tras de aquel escuchando la historia.

—¡Maldición! —juró Carrigan, volviéndose.

—¡Perro! —gruñó Wanda, volviéndose también.

Ambos cometieron el error de dejar a su espalda, sin vigilancia, al detective.

Keith se puso en movimiento como una verdadera exhalación.

Lanzóse en plancha a tierra al mismo tiempo que extraía su automática de la funda axilar y efectuaba dos disparos.

—¡Aaaaag!

—¡Me muer...!

A Curtis Carrigan le partió el corazón de un balazo que filtró por la espalda a la altura exacta de aquel.

A Wanda Keller le atravesó la garganta de parte a parte.

La bruja vestida de mujer, como macabra ironía del destino postrero, se precipitó al interior de la abierta fosa de donde había hecho simular que surgía el cadáver de Josephine Escarten.

Keith se puso en pie.

—¿Se da cuenta de que tenía yo razón, capitán?

Silver Debry, guardando la pistola, solo dijo:

—Nunca había visto a nadie como usted, créame.

—Nunca es tarde cuando la dicha es buena, capitán —ironizó el pesquero.

—¡Keith...!

Tras la exclamación, Sheila se precipitó en brazos del rubio detective.

—¿Sí...?

—Keith... —jadeó la hermosa morena de los ojazos verdes—. ¿Sigues pensando que soy la mujer ideal para cometer la estupidez de casarse?

—*Okay*.

—¿Por qué no nos quedamos en Dixon? Tengo un periódico del que tú serías el director... Además, ahora ya no hay brujas.

¿Qué no? Tú eres la bruja más grande... Bruja... Se besaron.

Luego, muy cogiditos de la cintura, abandonaron el lóbrego recinto donde se erguía la necrópolis de Dixon.

El apartamento de Sheila resultó mucho más confortable.

FIN



AVISO

Dada la excepcional acogida dispensada
ininterrumpidamente al más genial de
los autores populares

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

se complace en ofrecer a sus miles de
lectores una nueva colección de

ESTEFANIA

el más leído y admirado autor de novelas
del Oeste, cuyo nombre ha llegado a
identificarse con el género que cultiva y
a ser sinónimo de acción directa, de estilo
trepidante, de amenidad, cualidades que
han hecho de él un maestro de la literatura
de acción

En la nueva colección

CENTAURO

el lector hallará las obras que han hecho
de Estefanía un clásico del Western



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispensa
a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.

Impreso en España

Notas

{1} Este dato, como los demás que se dan sobre hipnotismo, son rigurosamente verídicos. (*N. del A.*)